
RETRATOS HISTORICOS

(LA BUSSIÈRE).

Es una singular y atrayente fisonomía la de Labussière, héroe de *Thermidor*, el drama de Victoriano Sardou, representado por Coquelin hace unos días en el teatro de Tacón. De lejos, la leyenda me lo muestra, quizás embellecido, tomando á la distancia en que le vemos, facciones más finas, aspectos más románticos, un heroísmo más grande del que realmente tuvo aquel lindo caballero. Pero la leyenda debe admitirse siempre. Si magnifica la personalidad, si la alza á veces hasta lo sublime, tiene, por lo ménos, el mérito de darnos en un gran relieve el carácter general de un individuo. Y despues de todo, no es esto todo lo que necesitamos saber?

Labussière ha tenido muchos biógrafos. Ha hallado un entusiasta panegirista en Liénart, un jurisconsulto. Quizá exaltó demasiado á su héroe, quizá, arrastrado por ese lirismo que hizo de los escritores de la Revolución y de comienzos del Primer Imperio, románticos hablando una enfática jerga, adornó á su personaje de virtudes que éste no sospechaba. Fué aún más lejos; le hizo llevar á cabo acciones que Labussière, en la tormenta revolucionaria, olvidó realizar. Realmente, y á pesar de la exajeración de ese biógrafo, Labussière es una personalidad deliciosa, interesante y alerta, que en la escena cautivará siempre el espíritu de los hombres y seducirá el corazón de las mujeres que sueñan

aventuras románticas, al abrigo de los abanicos y una mano indolentemente apoyada sobre la baranda oscura de los palcos.

*
* *
*

Carlos Hipólito de Labussière nació en París en 1768. Su padre, antiguo oficial de marina, era hombre valiente y leal, pero acostumbrado á mandar marineros, conservaba en el interior de su casa, la violencia de carácter y la dureza inherentes á su profesión. De los tres hijos que tuvo, destinó el mayor al foro, el segundo (Carlos) á las armas, y el más joven á la Iglesia.

Cuando niño, Carlos de Labussière fué un verdadero pillete incorregible. Vivo, aturdido, de una malicia siempre despierta, vuelve loca toda la casa. Pero ni los castigos, ni las correcciones pueden sentarle el juicio; de tal modo, que su padre, desesperando de corregirle, lo confía á uno de sus hermanos, un abate, quien acaso, gracias á la intervención divina, llegará quizás á un resultado mejor. La Providencia parece que no quiso intervenir en los proyectos del abate. Carlos trastorna nuevamente la casa de este, quien desesperado, devuelve el niño á su familia.

Quedaba el colegio. A él enviaron á Carlos. Pero en el colegio halló Labussière un catedrático malvado y vengativo que obedeciendo las órdenes del padre lo manda constantemente al calabozo y le hace espiar todas las faltas cometidas por los estudiantes. La vida, para el niño turbulento y disciplinado, pero de una adorable bondad de corazón, fué entonces un martirio. No había más que un calabozo en el colegio. Aquel calabozo fué la morada de Carlos. A la larga, éste creyó deber vengarse é imaginó lo siguiente para lograr que despidieran al catedrático.

Reune á sus compañeros, niños como él; cada uno de ellos dá una cantidad de dinero y Carlos manda á uno de los criados á comprar licores y comestibles. Los instalan en el granero. A media noche envía á todos sus compañeros al sitio en donde la mesa está preparada y enseguida vá á llamar al catedrático. Le muestra el dormitorio vacío.

—Creo que mis compañeros están cenando.

—En dónde?

Labusière lleva al *magister* hácia el granero y le dice que allí están los estudiantes en una verdadera orgía. Pero es preciso, para llegar al granero, subir á él por medio de una escala. Labussière aplica la escala contra el muro; el catedrático sube y él detrás. La cólera de aquel hombre al ver á los estudiantes comiendo y bebiendo, medio desnudos, fué enorme. Les amenaza con los castigos más severos y les anuncia que vá á poner en conocimiento del provisor lo que pasa. Vá á descender. Pero es imposible. Labussière ha quitado la escala y los chicos rodean estallando en amenazas, al profesor. Este, cojido en el lazo, vé que no le queda más que un recurso: humanizarse; y como es aficionado á los licores, consiente en beber con los discípulos. A las dos horas, ha bebido tanto que está completamente ébrio. Entónces los discípulos rompen al rededor de él platos y botellas.

A la mañana siguiente, cuando buscaron al catedrático, lo encontraron durmiendo la *mona*. En vano trató de defenderse; fué despedido, sin dignarse nadie oírle. Labusière estaba vengado.

Cito esta anécdota porque muestra la ingeniosidad del héroe de *Thermidor*, indica que ya es aficionado á las *malas partidas* que no son nunca en Labussière más que represalias. Pero cuando aquel profesor se fué, la posición de Carlos no mejoró nada; á los pocos meses fué despedido del colegio y metido en un regimiento que se hallaba de guarnición en Dunquerque.

El profesor fué reemplazado por un sargento mayor, especie de bestia feroz, quien se encargó de hacer imposible, por lo cruel, la vida á Carlos. Apenas había llegado éste al regimiento (tenía entonces 13 años y había entrado de cadete) cuando se ganó las simpatías de sus compañeros y de sus oficiales. Lo festejan, lo chiquean por su *esprit* y su *donaire*. Entonces, esas bellas cualidades no eran apreciadas por todos en el ejército. El sargento mayor se encargó de demostrárselo á Carlos. No hacía un mes que el pobre jóven estaba en el regimiento, cuando las puertas de la prisión se abrían para recibirle. Por el más insignificante peccadillo, Labussière veía caer sobre su cabeza las más duras penas de la disciplina militar. Afortunadamente, sus amigos intervinieron, salvándole más de una vez de las garras temibles del sargento mayor. El, sin embargo, siempre alegre, continuaba divirtiéndose. Una noche, ató con una cuerda la gran campana

de la Catedral y las campanillas de las casas vecinas. A la extremidad de la cuerda que ligaba la campana y las campanillas, suspendió un pedazo de carne. Enseguida soltó, un perro un enorme danés cuyo amo era el carnicero de la esquina. El perro se precipita, corre á la carne, tira y la campana y las campanillas comienzan á sonar á un tiempo, mientras Carlos, oculto, se tuerce de risa, con uno de sus amigos, oyendo aquella regocijada batahola.

Bien pronto iba á comenzar otra vez la vida de lágrimas. El sargento acusó de aquella maldad á Labussière. Pero no había pruebas. Pero Carlos no podía estar tranquilo un momento. Para burlarse del sargento, vistió de soldado á un asno, y lo puso de centinela, una noche, ante una garita. A pesar de todas sus precauciones, el aldeano que le había vendido el asno, delató á Carlos. Fué llevado ante un consejo de guerra presidido por el sargento mayor y fué tratado con tanto rigor, que hastiado y desesperado, desertó. Aún no había cumplido diez y seis años.

A los pocos días le prendieron y gracias á la intervención de un oficial, le perdonaron. Pero todos aquellos castigos habían acabado por quebrantar su salud. Cayó enfermo y entró en el hospital.

* * *

Aquí se coloca en la vida de Labussière, un episodio esquisito: el primer amor de esa alma toda ternura y sacrificio. Es el idilio joven y sencillo, de una delicadeza encantadora, en su pasión ingenua. En el hospital, Labussière es cuidado por una religiosa de 18 años: Sor Agata. Ella es linda; él es bello. Ella está en el convento contra su voluntad; tiene una amiga, Sor Rosa, quien la ha pintado ya, seguramente, en rasgos candentes lo que era el amor. Lo que debía acontecer, aconteció. La linda monja se enamora del lindo cadete y comienzan á cantar, deliciosamente, la canción de los besos. Sor Rosa tiene también, en el hospital, un amante. Confía su secreto á Labussière, preguntándole si consiente en que ella venga también á cenar con el que ama. Labussière dice en el acto, que sí. Y durante un mes, el

cuarteto de tórtolas cena todas las noches en el cuarto de Labussièrè, mientras en sus celdas las otras religiosas sueñan con Dios Padre y los goces celestes.

Al fin Labussièrè tiene que abandonar el hospital. Pero no puede ya vivir separado de Agata. El obstáculo religioso no le detiene. Se roba á Agata, convencido de que el padre de ella consentirá en darle como esposa la monjita de ojos azules. La vida de Labussièrè puede reasumirse en algunas palabras. Fué toda de decepciones. No sólo el padre de Agata no le concedió su hija, sino que se la arrancó, y cuando Carlos la volvió á ver fué en pleno período revolucionario, en Santa-Pelagia, en donde estaba detenida, y lo que es peor, casada con un extranjero.

Casi siempre, cuando un hombre se desvía del recto camino, hay que preguntar con Quevedo: *¿quién es ella?* La pérdida de Agata produjo á ese joven de pasión ardiente, hirviente de fiebre y de amor, una crisis de dolor, seguida de la tradicional caída en el vicio. Frecuentó las casas de juego, las tabernas y los sitios en donde, según las *preciosas* metáforas de Liénard «el incienso arde sobre los altares de la Voluptuosidad y en donde el amor derrama las rosas del placer.»

De pronto se le ocurre una idea: hacerse actor. Entra en casa de Mareux, propietario de un teatro en el *faulbourg* Saint-Antoine, y obtiene un éxito tan grande en los papeles de bobo, que todo París va á ese teatro á aplaudirle.

Desgraciadamente, la mala sombra sigue encarnizándose contra él. Llega la Revolución y desertan del teatro Mareux los actores. En ese primer período de la Revolución, Labussièrè toma el partido de reirse de todo. Aristócrata, se siente impotente para luchar contra la ola popular. Pero su ligereza de carácter, ó según la frase gráfica de Vatelina, su *blague*, le lleva á burlarse de los patriotas. Un día, en el jardín del Palais-Royal, hace creer que ha recibido noticias particularísimas.

—Que nos las comunique!—grita la multitud.

—No.

—Pues te arrojaremos en la *f fuente nacional* (el pilón del Palais-Royal).

Labussièrè parece ceder á la fuerza, sube sobre una silla y dice con voz clara y sonora:

AVISO AL PUEBLO!

«El señor Dobrense, antiguo cirujano honorario de los hospitales, avisa al público que continúa fabricando bragueros elásticos para comodidad de los.....»

La multitud, furiosa de haber sido burlada, se vengó, asiéndole en el acto, y ya se hallaba atado á un farol, cuando por fortuna, sobrevienen guardias franceses que lo libertan. Pero se había hecho sospechoso; su portero y la esposa del portero, patriotas feroces, estuvieron á punto de asesinarle.

En este momento había perdido su fortuna y sus pensiones. Reflexionaba en el partido que debía tomar, cuando uno de sus amigos le propuso un puesto en el Comité de Salud Pública. Aceptó, diciéndose:

—Vamos, puesto que usted lo quiere, No hay mas remedio que complacerle. Así veré el lodazal de más cerca.

Ironía siegular del destino! Justamente este puesto que á disgusto aceptó, fué el que ilustró á Labussière. No diré (porque todas las Revistas francesas y americanas lo cuentan detalladamente y de la misma manera) cómo salvó á los cómicos del Teatro Francés, destruyendo sus legajos que arrojaba desmigajados en el Sena. Me contentaré con citar sólo el corto billete siguiente que era, en algún modo, el decreto de muerte de los cómicos; billete que, dirigido á Fouquier Tinville, se hallaba en el *legajito sellado* que Labussière destruyó.

«El comité te envía, ciudadano, las piezas concernientes á los llamados cómicos franceses; tú sabes, como lo saben todos los patriotas, lo *contrarrevolucionarias* que son esas personas; el 13 *mesidor* los juzgarás. Respecto á los otros, hay algunos que sólo merecen la deportación; pero en fin, verémos lo que haya de hacerse despues que estos hayan sido juzgados.

Firmado:

Collot d' Herbois.

Del 22 *flereal* al 9 *thermidor*, Labussière se ocupó constantemente en salvar á las personas. Dícese que arrojó al Sena 980 procesos. Después, cuando fué secretario del diputado Legenore continuó ese oficio de salvador desinteresado. Pero estuvo á pun-

to de ser descubierto; fué reducido á prisión y sin la intervención de Legendre hubiera pagado con la cabeza sus accesos de abnegación.

Terminada la Revolución, termina también el papel de Labussière en la vida. Volvió al teatro Mareux, un instante; pero ya no halló en él la boga de antaño. Y la miseria llegó para ese disipador, tan alegre y descuidado; la espantosa miseria! Aquellos de quienes había él salvado la vida, olvidaron sus servicios; algunos llevaron la ingratitud hasta pretender que no había hecho nada por ellos. Los únicos que se mostraron agradecidos fueron los artistas del *Theatre Francais*. Dieron, á beneficio de Labussière, una representación que produjo catorce mil francos. Pero con esta suma no podía vivir. A pesar de los socorros de Josefina de Beauharnais, á quien había salvado de la muerte, cayó, después de un momento de bienestar, en la más profunda penuria. Llegaron las enfermedades. La parálisis general le arrancó la razón. Hubo que encerrarle en un asilo de locos. Allí murió, completamente olvidado.

De esta existencia tan llena de aventuras, ¿no se deduce que Labussière fué un ser exquisito, lleno de amor al bien, de un desinterés constante y de una generosidad rara? Tuvo todos los defectos de su raza. Fué burlón, y á veces de una manera excesiva é infinita; no tuvo, en amor, esa fidelidad que el legislador reclama; adoró la mesa y la orgía; fué implacable con los necios. Pero su alma era tierna y su espíritu alegre. A través de las más tristes malandanzas, conserva una filosofía de gozoso humor; no es bastante tonto para no vengarse, pero en su venganza entra un tantico de burla. Por último, ha sido bueno. Y su bondad le hizo arriesgar la cabeza en favor de gentes, que una vez fuera de la prisión, le olvidaron y le volvieron la espalda. A los ojos de las personas prácticas, aparecerá, evidentemente, gracias á todas esas cualidades, como un loco—lo que acabó por ser.

¿Pero los locos no son los seres mejores y más dichosos del mundo? Y si tuviéramos la dicha de ser un poco más locos de lo que lo somos, no nos parecería la vida más digna de ser amada?

CONDE KOSTIA.

LA LEY DE LA SELECCION NATURAL

en LA LUCHA por LA EXISTENCIA

III

LA INSUFICIENCIA DE LA «SELECCION NATURAL»

POR HERBERT SPENCER

Los estudiantes de psicología están familiarizados con los experimentos de Weber respecto al sentido del tacto. Ha demostrado que las diferentes partes de la superficie del cuerpo, difieren mucho en su capacidad para informar á nuestra conciencia de los objetos tocados. Algunas partes que producen sensaciones muy vivas, apenas si suministran algún conocimiento, ya sea del tamaño ó ya de la forma del objeto que excita el sentido del tacto; mientras que otras partes de la superficie de donde recibimos sensaciones menos agudas, nos proporcionan impresiones claras respecto á los caracteres tangibles, aún de los objetos relativamente pequeños. Esta desigualdad de la distinción táctil (*tactual discriminativeness*) (1) Weber la ha expresado haciendo ex-

(1) *Discriminativeness*, del latín *discriminatio*. De aquí en adelante usamos la palabra castellanizada «discriminación» en lugar de distinción, porque esta es más propia para expresar el acto de distinguir ó notar las diferencias entre los objetos ó fenómenos externos; mientras que aquella parece indicada para expresar el acto de distinguir los fenómenos que se producen en la conciencia. Se podría también decir «discernimiento táctil.» (*N. del T.*)

perimentos de medida. Tomando un compás observó que cuando las dos puntas se hallan separadas en menos de una doceava parte de una pulgada, si se aplican á la yema del dedo pulgar no se percibe que hay dos puntos, y la impresión se siente como si viniera de una sola punta; en tanto que si la abertura excede de esta dimensión, la yema del dedo siente la impresión de las dos extremidades. En otro experimento halló que necesitaba abrir dos pulgadas y media las puntas del compás, para que se pudiera distinguir la sensación de las dos en medio de la espalda. Es decir, las medidas demostraron que la yema del dedo pulgar tiene treinta veces la discriminación táctil que el medio de la espalda.

Entre estos extremos halló variaciones. Las superficies interiores de las segundas coyunturas de los dedos perciben las impresiones separadas cuando las puntas del compás están abiertas un sextó de pulgada. Todavía las últimas coyunturas tienen menos facultad de discriminación, pues esta es igual á la que posee la extremidad de la nariz. La yema del dedo grueso del pié, la palma de la mano, y la mejilla, poseen un quinto de la facultad discriminativa de la yema del dedo pulgar; mientras que la parte inferior de la frente tiene una facultad la mitad menor que la mejilla. La de la parte externa de la mano, y la corona de la cabeza es catorce ó quince veces menor que la yema del pulgar. La discriminación táctil en el muslo cerca de la rodilla es todavía menor, y en el pecho menor aún; así es que han de estar abiertas las puntas del compás como pulgada y media para que el pecho distinga dos impresiones en lugar de una.

¿Cuál es el significado de estas diferencias? ¿Cómo se han establecido en el curso de la evolución? Si la Selección natural ó la supervivencia del más apto es la causa de estas diferencias, entonces es menester demostrar en qué dirección cada uno de estos diferentes grados ha dado la ventaja á su poseedor, para que la vida se haya preservado directa ó indirectamente en virtud de esta propiedad. Racionalmente tenemos que suponer que en ausencia de algún proceso de diferenciación, todas las partes de la superficie de la piel debieran tener igual facultad para percibir las posiciones relativas, pues no deben haber variado en perceptibilidad sin alguna causa. Y si la causa alegada es la selección natural, entonces es necesario probar que estas diferencias de gra-

do en la discriminación, no sólo ha servido para mantener la existencia del individuo; sino también demostrar que mientras el individuo donde se hayan manifestado mejor estas diferencias para adaptarse á las necesidades de la existencia ha conservado la vida, en tanto que la perdieron los que no reunían estas condiciones; y además se ha de demostrar que entre los descendientes que heredaron esta variación, obtendrían más ventajas para multiplicarse que los descendientes de los que no la poseyeron. ¿Puede probarse esta afirmación ó alguna cosa parecida?

Que la mayor discriminación de la yema del pulgar se haya así producido, puede sostenerse con alguna apariencia de razón. Esta propiedad es una importante ayuda en la manipulación, y en ocasiones la ventaja habrá salvado la vida del que poseyera la mayor perceptibilidad. Haciendo flechas ó anzuelos, un salvaje que tenga mayor grado de discriminación en sus dedos, es capaz de obtener alimento ó defenderse, donde otro que no tenga esta facultad en el grado necesario perezca; y en la vida de la civilización la costurera que tenga mayor sensibilidad en los dedos estará en mejores condiciones para ganar buen jornal que otra de su clase que la posea en menor grado; aunque esta ventaja no es tan grande como parece. Yo he conocido dos señoras cuyos dedos los tenían cubiertos con guantes, reduciendo así su sensibilidad de un doceavo de pulgada entre las puntas del compás, á un séptimo; y sin embargo no habían perdido en cantidad apreciable su destreza en la costura. Una experiencia personal viene en mi ayuda. En la última época que me dedicaba á la pesca de salmón observé que me hallaba torpe para hacer moscas artificiales, y como la discriminación táctil de mis dedos alcanzan la medida señalada por Weber, es evidente que la disminución de destreza á consecuencia de la edad, era debida á la disminución de la delicadeza en las coordinaciones musculares y sentido de presión; pero de ningún modo á la disminución de la discriminación táctil. Pero abandonando esta crítica, admitamos la conclusión que la mayor facultad perceptiva de la yema del pulgar se haya conseguido en la supervivencia del más apto, y limitemos el argumento á otras diferencias.

¿Qué diremos acerca de la propiedad de la espalda y del pecho? ¿Se habrá obtenido alguna ventaja poseyendo más discriminación este que aquella? La extremidad de la nariz tiene tres

veces más poder para distinguir las posiciones relativas que la parte inferior de la frente. ¿Puede demostrarse que esta mayor facultad suministre alguna ventaja? La parte externa de la mano apenas si distingue más que la corona de la cabeza y posee catorce veces menos poder que las yemas de los dedos: ¿Por qué esta diferencia? La ventaja resultaría si la parte externa de la mano pudiera enseñarnos más acerca de las formas de las superficies tocadas. ¿Por qué el muslo cerca de la rodilla tiene doble poder perceptivo que la parte media? Y por último ¿por qué el medio del antebrazo, del muslo, el medio de la parte posterior del cuello, y el medio de la espalda poseen tan poca sensibilidad que es como treinta veces menor que la yema del pulgar? Para probar que estas diferencias se han obtenido por la selección natural se tiene que demostrar que cualquiera modificación favorable que pueda ocurrir en una generación (por ejemplo un aumento de un décimo) le ha servido al individuo para preservarse en la lucha por la existencia, y se tiene que probar también que los que hayan heredado tal ventaja se han multiplicado más que los otros individuos de la especie con menos poder discriminativo, aun cuando posean las demás facultades iguales. ¿Piensa alguien que pueda probar esto?

¿Pero si esta distribución de la percepción táctil no puede explicarse por la supervivencia del más apto: ¿cómo puede ser explicada?

La contestación es que si existe en operación una causa que hoy es moda de olvidarla, y hasta negarla entre los biólogos, estas varias diferencias se explican perfectamente; y esta causa es la herencia de los caracteres adquiridos. He hecho algunos experimentos con objeto de prepararme para sostener la argumentación.

Es una creencia corriente que los dedos de los ciegos como mas prácticos en la exploración táctil, adquieren mayor discriminación, especialmente los de aquellos que se han dedicado á leer con letras de relieve. No teniendo confianza en esta opinión vulgar, con fecha reciente experimenté en dos jóvenes uno de quince años y otro menor pertenecientes á la escuela de Ciegos de Upper Avenue Road, y observe que es verdad la creencia. En lugar de distinguir las posiciones de las puntas del compás con una abertura de un doceavo de pulgada, ambos percibieron las

dos puntas con una abertura de un catorce avo, á pesar de tener la piel gruesa; pues si no es por ese obstáculo la discriminación hubiera sido mayor.

Mas tarde me ocurrió que mejor testimonio pudiera ser el de personas que ejercitan mas sus dedos en percepciones táctiles, y los hechos correspondieron á mis previsiones, porque dos hábiles cajistas de imprenta en los que hice el experimento pudieron distinguir las distintas impresiones de puntas cuando tenían sólo una abertura de un diecisiete avo de pulgada. Así es que tenemos una prueba evidente que el ejercicio constante de las estructuras táctiles son capaces de mayor desenvolvimiento. (1)

Por lo tanto si se heredan los rasgos adquiridos de las estructuras, entonces los varios contrastes que hemos señalado son consecuencias naturales, porque las gradaciones en la percepción táctil corresponden con las gradaciones en el ejercicio táctil de las partes. Excepto por el contacto de los vestidos que presentan grandes superficies teniendo ligeros é indefinidos contrastes, la parte media del cuerpo se relaciona poco con los objetos externos, y tendrá por consiguiente poco poder de discriminación; pero este aún es mayor en la parte anterior que en la espalda, cuya

(1) Hagamos notar de pasada una diferencia de gran significación. El desenvolvimiento de las estructuras nerviosas que se producen en estos casos, no se limitan á las yemas de los dedos. Si representamos mentalmente las areas sensitivas separadas que nos proporcionan las diferentes percepciones constituyendo un trabajo de malla, pero de modo que las limitaciones no sean bien marcadas, sino que las fibrillas más próximas de cada area se unan á las adyacentes para que las separaciones sean indefinidas; es evidente que con el ejercicio, cuando la estructura sea más completa y las mallas de la red mas pequeñas, habrá una multiplicación de fibras comunicándose con el sistema nervioso central. Si dos areas adyacentes tienen ramas de una misma fibra, el tacto con cualquiera de ellas producirá en la conciencia la misma sensación: no habrá discriminación entre los puntos que toquen los dos. Donde la discriminación existe debe haber una distinta conexión entre cada area y el curso de la materia gris que recibe la impresión; y además en la parte central debe haber un número mayor de elementos separados, los cuales por su escitación producen percepciones distintas. Así pues el aumento en el poder discriminativo táctil supone un desenvolvimiento de la periferia, una multiplicación de fibras en el tronco nervioso, y una complicación en el sistema nervioso central. Apenas se puede poner en duda que cambios análogos se producen en semejantes condiciones en todas partes del sistema nervioso; no sólo en las percepciones sensoriales, sino allí donde las coordinaciones sean más elevadas.

propiedad corresponde con el hecho de que tanto el pecho como el abdomen son más explorados por las manos: diferencia que probablemente hemos heredado de los seres más inferiores, como vemos en los gatos y los perros que tienen más accesibles á la lengua y las extremidades, el vientre que la espalda. No menos obtuso que la espalda es el medio de la parte posterior del cuello, el del antebrazo, y el del muslo; y estas partes por lo regular tienen poco contacto con los cuerpos externos. La parte superior de la cabeza, así como el dorso de las manos son con alguna frecuencia tocados por los dedos; pero ninguna de estas superficies que son dos veces más perceptivas que la espalda, se usan con frecuencia para explorar los objetos, y mucho ménos para examinarlos.

La parte inferior de la frente aunque más perceptiva que el occipucio, debido á que se pone más en contacto con las manos, posee la tercera parte de discriminación que la extremidad de la nariz, fenómeno que se explica si se tiene en cuenta su prominencia relativa, su contacto con los objetos olorosos, y el rozamiento con el pañuelo, y que dan á la nariz mayor experiencia táctil. Pasando á la parte interna de las manos consideradas como un todo, se hallan más constantemente ocupadas en contacto con los objetos, que la espalda, pecho, muslo, antebrazo, occipucio y dorso de las manos, y la escala de Weber demuestra que aquellas partes internas son mucho más perceptivas, y que los grados en la percepción de sus diferentes partes corresponden con la mayor actividad táctil. Las palmas de las manos poseen un quinto de la perceptibilidad de las yemas de los dedos, las superficies internas de las juntas de los dedos próximas á la palma de las manos poseen un tercio, mientras que las superficies internas de las segundas coyunturas poseen la mitad de poder discriminador. Estas facultades corresponden con los hechos de que mientras las partes internas de las manos se usan únicamente para agarrar los objetos, las puntas de los dedos funcionan no solo cuando se cogen los objetos, sino cuando éstos aún siendo pequeños se examinan detenidamente. No hay más que observar las acciones relativas de estas partes en ciertas manipulaciones como escribir, coser, examinar texturas &c. para ver que los dedos y especialmente las yemas se emplean sobre todas las demás en infinito número de experiencias. Por consiguiente si la mayor perceptividad ad-

quirida por la mayor actividad táctil como sucede con los cajistas de imprenta, es heredable, entonces se explican esas mayores gradaciones de percepción táctil.

Sin duda los que recuerdan ahora los experimentos de Weber, tendrán en la punta de la lengua, el argumento que se derivaba de la *punta de la lengua*.

Esta parte excede á todas las otras en la facultad de discriminación táctil que es doble á la de las yemas de los dedos. Esta puede distinguir puntos del compás que se hallen separados solo un vigésimo cuarto de pulgada. ¿Cuál es la razón de esta perceptividad sin ejemplo? Sí la supervivencia del más apto es la razón señalada es menester demostrar cuáles son las ventajas adquiridas por esta propiedad, y además se ha de probar si las ventajas han sido bastantes para afectar al sostenimiento de la vida.

Además del gusto la lengua ejerce dos funciones que conducen al mantenimiento de la vida: nos ayuda á mover el alimento durante la masticación y á muchas de las articulaciones que constituyen el lenguaje? Pero como ayuda á estas funciones esa notable facultad de la punta de la lengua? El alimento no es movido sólo por la punta sino por todo el cuerpo de este órgano, y aunque fuera más empleada la extremidad en este proceso, todavía se habría de demostrar que su capacidad por distinguir un vigésimo cuarta de pulgada es de alguna utilidad para esta función, lo que no está probado aún. Verdaderamente puede decirse que esta perceptividad táctil sirve para eliminar cuerpos extraños en los alimentos como son las espinas de los pescados ó las piedrecitas. Pero una discriminación tan extrema no es necesaria para este propósito—sería bastante una parecida á la de los dedos;—y además aún cuando fuera útil, no sería lo suficiente para producir la supervivencia de los individuos que poseyeran esta propiedad en un grado ligeramente más elevado que otros. No tenemos más que observar como un perro tritura los huesos pequeños y traga con impunidad los trozos angulosos, para ver que pequeña cantidad de mortalidad se ahorraría con el mejor grado de perceptividad.

¿Pero qué diremos del lenguaje articulado? En este asunto tampoco se puede demostrar ninguna ventaja derivada de esta discriminación extrema. Para pronunciar la S y la Z, la lengua se ha de aplicar parcialmente á una porción del paladar proxima

á los dientes. (1) No solamente el contacto debe ser incompleto, sino que su lugar es indefinido—quizá media pulgada detrás.

Para pronunciar la *Sh* y la *Zh*, el contacto ha de ser no con la punta sino con la parte superior de la lengua, y también debe ser un contacto incompleto. Aunque para pronunciar las líquidas, la punta y los lados de la lengua se usan á la vez, sin embargo no se necesita un ajustamiento exacto de la extremidad sino un contacto imperfecto con el paladar. Para la *Th* la extremidad se usa con los bordes pero no se requiere un perfecto ajustamiento bien á los bordes de los dientes, ó bien á la unión de escon el paladar donde el sonido se puede producir igualmente. Aunque para la *T* y la *D* se requiere un contacto completo de la extremidad y lados de la lengua al paladar, sin embargo el lugar de contacto es indefinido, y la extremidad no toma una parte mayor en la función que los lados.

Cualquiera que observe los movimientos de su lengua cuando habla, notara que las coordinaciones no tienen una exacta correspondencia con el gran poder de discriminación que posee la extremidad. Esta corrección no es necesaria para la palabra. Y aunque fuera útil no se puede demostrar que se ha desenvuelto en la lucha por la existencia, pues aún cuando es útil para una pronunciación correcta, la articulación imperfecta no ha sido inconveniente para impedir á un hombre ganarse la vida. Si es un buen obrero un Alemán que confunda la *b's* con la *p's* no encontrará dificultades para dedicarse á su ocupación. Un Francés quien en lugar del sonido *Th* emite el de la *Z* puede ser tan buen maestro de música ó de baile como si se empleara la pronunciación inglesa. Ni aún con la imperfección de la tartamudez deja un hombre de emplear lo mismo su actividad en la vida. A la verdad no se podrá presentar candidato para el Parlamento, ó como "orador de" de los que no ejercen [á veces de más mérito que los que pronuncian discursos"]; pero en la lucha por la existencia el defecto no le estorba para competir con los de su profesión para mantenerse él y su familia. Es evidente pues, que si la gran discriminación de la extremidad de la lengua es necesaria para el lenguaje perfecto, el uso no es suficientemente importante para haberse desenvuelto por selección natural.

(1) Téngase en cuenta que se trata de la pronunciación inglesa.

¿Cómo nos esplicaremos la causa de esta propiedad notable? Sin dificultad podemos decir que es por la herencia de los caracteres adquiridos. La estremidad de la lengua es de todas partes del cuerpo la que está sufriendo siempre experiencias de pequeñas irregularidades de superficie. Se halla en contacto con los dientes, y bien consciente ó inconscientemente los está explorando de continuo. Apenas existe un momento que no reciba impresiones diferentes en posición y lugar, ya por las superficies de los dientes ó ya por sus bordes. En esto ninguna ventaja se gana. Lo que sucede es que la posición de la lengua hace que la exploración continua sea inevitable, y esta exploración perpetua es la que ha desenvuelto ese gran poder de discriminación. Así la ley se estiende desde el mayor grado de perceptividad de la estremidad de la lengua hasta el grado más bajo de la espalda, no siendo posible otra explicación de los hechos.

«Si, hay otra explicación» se me dirá. Los hechos pueden explicarse por «Panmixia» (1) Bien; en primer lugar; como la explicación por «panmixia» supone que estas gradaciones de discriminación se han producido por la degeneración de estructuras nerviosas, siempre resulta en la base de la explicación un supuesto improbadado é improbable; y después aunque no hubiera tal dificultad podemos negar con certeza que la «panmixia» sea capaz de proporcionar explicación alguna. Veamos lo que vale esta esta solución de problema.

Bhentam se ha fundado en muchas razones para declararse contra las metáforas. Las figuras de lenguaje si son buenas para

(1) August Weismann en su Essay upon Heredity, leído en la Universidad de Freiburg, el 21 de Junio de 1883. II pp. 91 hablando del gran número de individuos que son cortos de vista, se esfuerza en probar que la predisposición á la miopia no es debida á la trasmisión hereditaria de caracteres adquiridos, sino á la gran variabilidad del órgano de la vista, que necesariamente resulta cuando cesa de influir la selección natural. Esta suspensión, dice, de la influencia preservadora de la selección natural podemos llamarla «panmixia,» porque todos los individuos pueden reproducirse, y así estampar todos sus caracteres sobre la especie; y de ningún modo cuando dichos individuos son los más aptos; bien en virtud de todos sus órganos, ó bien en el de adjunto especial.» En mi opinión el mayor número de variaciones que por lo general se atribuye á la influencia directa de las condiciones externas de la vida, se deben referir á «panmixia.» «Por ejemplo, la gran variabilidad de la mayor parte de los animales domésticos depende únicamente de este principio.»

Nota del traductor.

la poesía y la retórica, no pueden emplearse sin daño en ciencia y filosofía. El título del gran libro de Darwin nos proporciona un ejemplo de los malos efectos que producen. Este es como sigue: *The Origin of Species by means of Natural Selection, or the preservation of Favored Races in the Struggle for Life.* (Orígen de las Especies por medio de la Selección Natural, ó la Conservación de las Razas favorecidas en la Lucha por la Existencia.) Aquí encontramos dos figuras de lenguaje que contribuyen á producir una impresión más ó ménos errónea.

La expresión (selección natural) la eligió para indicar una especie de paralelismo con la selección artificial: la selección empleada por los gauderos.

Y como la selección presupone volición, el pensamiento de los lectores va inclinado al error. Un aumento de esta pendiente se produce por las palabras de la segunda parte del título, «razas favorecidas»; por que cualquiera cosa que sea favorecida supone la existencia de un agente que concede el favor. Esto no quiere significar que Mr. Darwin no hubiera reconocido el error al que conducen la connotación de las palabras, ni que no hubiese tratado de evitar sus malos efectos. En el Capítulo IV del Orígen de las Especies, él dice que considerado literalmente, «la selección natural» es un término falso», y que la personificación de la naturaleza se presta á objeciones; pero piensa que los lectores y aquellos que adopten sus ideas, pronto aprenderán á precaverse de las interpretaciones erróneas. Aquí yo no me aventuro á afirmar que estaba equivocado, y tengo esta opinión porque su discípulo Mr. Wallace (no su discípulo, sino su co-descubridor al que debemos honrar) se halla influido aparentemente por el mal empleo de las palabras.

Cuando por ejemplo, combatiendo una idea mia, dice: «cada hecho que se ha afirmado ser imposible por variación y selección natural, se ha efectuado una y otra vez por variación y selección artificial», parece que indica claramente que ambos procesos son análogos y operan en la misma vía. Ahora, esto no es verdad: ellos son análogos en límites muy estrechos, y en la gran mayoría de los casos, la selección natural es absolutamente incapaz de hacer lo que la selección artificial.

Para observar esto tenemos únicamente que evitar la personalización de la Naturaleza, y recordar que Mr. Darwin entendía

por Naturaleza» el agregado de la acción y producto de muchas leyes naturales (fuerzas). Veamos algunas de estas deficiencias relativas. La selección artificial puede hacer resaltar un rasgo particular, y sin tener en cuenta otros caracteres que posean otros individuos, dicho rasgo puede ir en aumento por medio de una crianza selectiva en generaciones sucesivas, pues que para el criador ó aficionado es de poca importancia que los individuos elegidos se hallen bien constituidos en los demás caracteres que manifiesten. Poco le importa también que la variedad elegida no se pudiera conservar en el caso de la lucha por la existencia cuando los individuos no estuvieran al cuidado del hombre.

Si de otro lado consideráramos la Naturaleza tal cual es, como un conjunto de varias fuerzas orgánicas é inorgánicas; unas favorables al mantenimiento de la vida y otras en contra (fuerzas que obran de un modo necesario y fatal) entonces veremos que no hay tal selección de un carácter mejor que de otro, sino que sólo existe la selección de aquellos individuos que por el conjunto de sus caracteres están mejor dotados para prevalecer en la vida. Y aquí podemos notar la ventaja de la expresión (supervivencia del más apto», puesto que el concepto no sugiere la idea de que un carácter se halla en mejor condición que otro para conservarse ó seguir en aumento; sino más bien tiende á hacer concebir una adaptación general para todos los fines de la vida.

La expresión supone el proceso que la naturaleza sigue en sus obras, á saber; la conservación de aquellas especies que son más capaces de aprovecharse de las condiciones del medio donde viven, y que están mejor constituídas para combatir ó huir de los peligros. Y mientras que la frase comprende la gran mayoría de casos en los cuales se conservan los individuos mejor constituidos; también comprende los casos especiales sugeridos por la frase «selección natural» en los que los individuos prevalecen en la lucha por la existencia, con la ayuda de caracteres particulares que conducen por diferentes vías á la prosperidad y multiplicación. Porque ahora observemos el hecho más importante para el asunto que examinamos, y es que la supervivencia del más apto puede producir el aumento de cualquier carácter útil sólo en el caso que conduzca á la prosperidad del individuo, de su descendencia ó de ambos «en un grado importante.» No puede haber aumento de ninguna estructura por medio de la selec-

ción natural, á menos que entre las ligeras variaciones de las estructuras que constituyen los organismos prevalezca alguna particular suficientemente ventajosa para producir mayor multiplicación en la familia donde se manifieste, que no en otras familias donde el caracter especial se halle ausente. Las variaciones aunque sean ventajosas, si no contribuyen á la mayor multiplicación de los individuos que las posean, deben desaparecer. Veamos un ejemplo.

La delicadeza del olfato en un venado, como le avisa pronto la aproximación de enemigos, le ayuda á conservar la vida de tal modo, que en igualdad de las demás circunstancias, el individuo que posea esta propiedad en grado excesivo está en mejores condiciones para escapar, y entre sus descendientes los que hayan heredado este caracter en igual grado ó mayor, tendrán más probabilidades de multiplicarse. Es evidente pues que la delicadeza del olfato puede desenvolverse por selección natural. Así por las mismas razones ha de suceder con los individuos que posean una vista más perspicaz ó un oído más fino. Pero hemos de hacer notar de pasada que si esta facultad en mayor grado poseida por un individuo sirve para dar la voz de alarma á el rebaño de que forma parte, y aprovecha á todos; en este caso la selección no es tan fácil, á lo menos entre los venados que viven en un coto cercado.

Pero ahora supongamos que un miembro del rebaño, bien porque tenga dientes mejor dispuestos, ó por una mayor energía muscular en el estómago, ó porque segregue jugos gástricos más apropiados, sea capaz de comer y digerir una planta especial que los otros rehusen. Esta peculiaridad, si el alimento es escaso, puede conducir á una mejor preservación de la vida, ó al mejor alimento de su cria, si el animal es hembra. Pero á menos que esta planta sea abundante, y por consiguiente la ventaja sea de consideración; los otros individuos pueden poseer ligeras variaciones ventajosas en otros conceptos y contrapesar la mejor propiedad de estómago del individuo, puesto por ejemplo. Así uno puede tener gran agilidad y saltar una cerca que á otros les es imposible. Otro echa más pelo en invierno y así resiste mejor el frío. Otro tiene la piel menos irritable por los mosquitos y puede pastar sin interrupción. Ya es uno que tiene una disposición especial para buscar el alimento debajo de la nieve; ó ya

otro que muestra una gran sagacidad para buscar una guarida donde preservarse del viento y la lluvia.

Para conservarse la variación que posee mayor habilidad para comer una planta que antes no se utilizaba, y así constituir una variedad distinta, es necesario que el individuo con tales disposiciones produzca más ó mejores descendientes ó ambas cosas; que los individuos dotados de otras pequeñas ventajas. Y si estos individuos obtienen provecho de estas superioridades, y las transmiten igualmente á un gran número de descendientes no puede tener lugar el aumento de la variación primero citada: pronto ha de ser neutralizada por las otras.

Si Mr. Darwin en el Origen de las Especies ha reconocido este hecho, no lo recuerdo; pero ciertamente le ha admitido en su obra «Animales y Plantas en estado de domesticidad.» Cualquiera variación particular pudiera perderse por lo general, ya sea en virtud de cruzamiento, reversión ó destrucción accidental de los varios individuos; á menos que fuera cuidadosamente preservada por el hombre.» (Vol. II, 292). En los casos que he citado la supervivencia del más apto conserva las facultades poseídas por los individuos bien dotados, destruyendo aquellas que por un lado ú otro no son favorables; y para que la supervivencia conduzca al desenvolvimiento de una facultad especial es necesario que predomine y sea importante. Yo creo que muchos naturalistas han perdido prácticamente este modo de ver, y suponen que la selección natural tiende siempre á aumentar cualquier carácter que sea ventajoso.

Verdad es que una opinión bastante generalizada ahora supone otro tanto, y para discutir esta tendencia he escrito los últimos párrafos que pueden servir de introducción, pero este asunto no se refiere á la selección directa sino á lo que se ha llamado con discutible propiedad «selección invertida» (reversed selection), esto es, la selección que se refiere, nó á el aumento de un órgano, sino á su disminución. Por que así como bajo ciertas condiciones es una ventaja que los individuos y sus descendientes posean una estructura que sobresalga del tamaño medio, del mismo modo, en otras condiciones (cuando el órgano llegue á caer en desuso) es conveniente que la estructura disminuya del tamaño medio, porque de lo contrario su peso y lo que cuesta su nutrición son contribuciones que dañan al organismo. Y aquí tenemos la ver-

dad que hemos de poner en evidencia. Porque así como la selección directa puede aumentar un órgano sólo en ciertos casos, así la selección invertida le hace disminuir en casos determinados también. Tanto en un caso como en otro, la variación ha de conducir sensiblemente á la preservación y multiplicación. Es por ejemplo, concebible que si la pesada y larga cola de un Canguro llegara á ser inservible para el uso, porque á la especie se le hubiere obligado á vivir en un país montañoso, y cuyas rocas estuvieran cubiertas de zarzas, entonces una variación que hiciera reducir considerablemente el tamaño del órgano aprovecharía sensiblemente al individuo, y en las estaciones en que el alimento fuera escaso pudiera conducir á la supervivencia del individuo así dotado y desaparición de los que la tuviesen al estado normal de la especie. Pero esta economía de nutrición debía ser considerable antes que se pudieran obtener tales resultados. Supongamos que en este nuevo medio de vida el Kanguro no tuviese enemigos, y supongamos por lo tanto no teniendo necesidad de una gran perspicacia de oído, el individuo que poseyera grandes orejas no llevaría muchas ventajas al que las tuviese mas reducidas. ¿Sería esta propiedad suficiente para que los individuos de orejas pequeñas estuvieran en mejor condición para propagarse y sobrevivir, en virtud de la economía de nutrición? Esta suposición nos llevaría á admitir que la economía de un grano ó dos de proteína por día era la salvación del animal.

Hace mucho tiempo discutí este asunto en Los Principios de Biología (§166) al tratar de la disminución del volúmen de la quijada que supone la mayor unión de la dentadura, y ahora demostrado por las medidas que se han efectuado. Copiarémos nuestras palabras.

«En la vida de la civilización ninguna superioridad funcional que tenga por causa la disminución de la quijada puede haber contribuido á la mayor propagación de los individuos así dotados. La única ventaja de los que poseen este órgano mas reducidos es la economía en la nutrición, y esta cualidad no podría ser suficiente para la mayor conservación de los hombres que la posean. El decrecimiento de este órgano y de las partes que con él se relacionan no pasa de unas cuantas onzas en la série de miles de años, y la disminución la hemos de repartir entre el número de generaciones que han vivido y muerto en el intervalo. Admi-

tamos que la disminución de peso haya sido de una onza en cada generación (lo que es admitir demasiado), y aún si no se puede sostener que el llevar una onza menos de peso, ó el tener que alimentar una onza menos de tegido sea suficiente para la suerte de la especie humana. Y si esta reducción no produce la frecuente supervivencia de los individuos que tienen quijada pequeña, en tanto que desaparezcan los que la poseen más grande; la selección natural no puede ser causa ni ayudar á la disminución del órgano y de las partes dependientes.»

Cuando yo escribí este párrafo en 1864 no podía ni soñar que un cuarto de siglo más tarde la causa supuesta de degeneración aquí examinada, y excluida como imposible, había de ser enunciada no solo como «una» causa sino como «la» sola y única causa. Y sin embargo esto es lo que ha sucedido. La teoría de Weismann sobre la degeneración por «panmixia», es que cuando un órgano se ha mantenido por selección natural en un volumen dado, si comienza á disminuir bien por la falta de uso, ó porque un tamaño más reducido es igualmente útil; entonces entre las variaciones de volumen que se suceden de generación en generación, la menor se preservara continuamente y por lo tanto habrá decrecimiento en el término medio del tamaño del órgano. Y esta consecuencia la obtiene Weismann sin cuidarse de averiguar si la economía de nutrición proporcionada por esta ligera variación, afectará sensiblemente á la supervivencia del individuo y á la multiplicación de la estirpe. Para hacer más clara esta hipótesis y someterla á la crítica tomaré el ejemplo que el mismo aduce cuando compara la supuesta eficiencia de la degeneración por «panmixia,» con la supuesta ineficacia de la degeneración por falta de uso.

El organismo que toma por ejemplo es el «Proteus.» Respecto á los «peces y anfibios ciegos» encontrados en lugares oscuros pero que tienen ojos rudimentarios «escondidos bajo la piel» dice: «que es difícil reconciliar estos hechos con la teoría corriente de que los ojos de estos animales han degenerado simplemente por la falta de uso.» Después de aducir ejemplos de rápida degeneración en órganos desusados, él argumenta que si «los efectos de la falta de uso son tan notables en la vida de un solo individuo, entonces podríamos esperar con certeza que si tales efectos son trasmisibles pronto habrían de desaparecer todas las tra-

zas del ojo en las especies que viven en la oscuridad.» Sin duda, esta es una conclusión razonable. Para explicar los hechos en la hipótesis de que son transmisibles los caracteres adquiridos parece muy difícil; mas sin embargo podemos indicar una explicación admisible. Existen datos suficientes para considerar como una ley general de la organización, que las estructuras son estables en proporción de la antigüedad, y que mientras los órganos de origen relativamente moderno no echan profundas raíces en la constitución, desapareciendo con facilidad si las condiciones no son favorables á su conservación; los órganos de origen remoto se perpetúan en los organismos. Siendo elementos que aparecen con el tipo y continuando reproduciéndose como partes de él durante períodos que abarcan muchas épocas geológicas, ellos son relativamente persistentes. Ahora bien, el aparato visual es un órgano que responde á esta definición pudiéndose considerar como primitivo. (1)

Pero abandonando posibles interpretaciones, admitamos que aquí hay una dificultad, como infinitas otras que presenta el fenómeno de la evolución al modo del hábito adquirido por la larva «Vanessa» que se adhiere ella misma por la extremidad posterior, y en el mismo lugar se convierte en crisalida; dificultad que como otras muchas esperan una solución si se puede encontrar alguna vez.

Admitamos que existe un serio obstáculo en el camino de las hipótesis, y ahora volvamos á la hipótesis contraria, y observemos si no nos encontramos con dificultades más serias, Weismann dice:

[1] Miétras se estaban corrigiendo las pruebas de este artículo ha llegado á mi noticia que el «Proteus» no es enteramente ciego, sino que sus ojos ejercen una función. Parece que cuando las corrientes del subsuelo que ellos habitan son bastantes crecidas, algunos individuos de la especie son arrastrados por el agua fuera de las cavernas [siendo algunas veces capturados.] Se dice también que este organismo huye de la luz cuya propiedad presumo que haya sido observada cuando está en cautividad. Ahora bien, de los individuos que hayan sido arrastrados por la corriente fuera, los que permanezcan visibles se exponen á ser destruidos por sus enemigos, mientras que los que sean capaces de apreciar alguna diferencia entre la luz y la oscuridad se esconderán en los lugares oscuros escapando así de sus enemigos. Aquí encontramos la tendencia de la selección natural á prevenir el decrecimiento de un órgano hasta el extremo de que el animal no pueda distinguir la luz de la oscuridad. De este modo se explica esta aparente anomalía.

«Las cavernas de Carniola y Carinthia donde viven el ciego Proteus y muchos otros animales en las mismas condiciones, pertenecen geológicamente á la formación Jurasica; y aun cuando no sabemos exactamente la época en que por primera vez entró el Proteus en la caverna, el bajo puesto que ocupa este anfibio en la escala de la organización ciertamente indica que allí ha vivido durante un gran período de tiempo, y que se han sucedido miles de generaciones de esta especie en las cavernas.»

«Aquí no hay razón para admirarse de la degeneración á que ha llegado el ojo en el Proteus, aún cuando supongamos que esto ha sido debido únicamente á haber cesado la influencia conservadora de la selección natural. Pero no es necesario hacer depender el fenómeno de esta presunción solamente, porque cuando un órgano degenera por falta de uso, hay también otros factores que demandan consideración, como por ejemplo el mayor desenvolvimiento de otros órganos que compensan la pérdida de la estructura degenerada, ó el aumento en tamaño de las partes adyacentes. Si estos nuevos desenvolvimientos son ventajosos á la especie, ellos concluyen por ocupar el puesto del órgano que la selección natural ha dejado de conservar al punto de la mayor perfección.» (1)

En estos párrafos debemos notar en primer lugar que una causa se ha dividido en dos. La causa se ha considerado en abstracto, y después se ha vuelto á restablecer en lo concreto, como si hubiera otra causa. Evidentemente si por el decrecimiento del ojo se consigue una economía de nutrición, esto supone que la nutrición economizada es ventajosa para otro propósito; y especificar que la nutrición se emplea en un desenvolvimiento mayor de los órganos compensados, es simplemente cambiar el estado indefinido de la ventaja por su estado definido. Por consiguiente no existen dos causas en operación, aunque el asunto se presenta como si existieran.

Pero abandonando estas consideraciones estudiemos en detalle este proceso que según el Profesor Weismann ha efectuado la reducción de los ojos durante miles de generaciones, y consiste en que á cada sucesivo estado de decrecimiento, debe haber variaciones en el tamaño de los ojos, algunas mayores, otras más pe-

(1) Essays upon Heredity, p. 37.

queñas que las alcanzadas en las dimensiones anteriores, y que en virtud de la economía los individuos dotados de dimensiones menores continuarán sobreviviendo y propagándose, en vez de los otros. Para apreciar bien esta suposición debemos emplear los números. Para conceder todas las ventajas supongamos que hubieran transcurrido dos mil generaciones, y que en lugar de estar reducido á un rudimento, el ojo haya desaparecido por completo. ¿Qué suma de variación supondremos? Si la idea es que el proceso se ha verificado uniformemente en cada generación, la consecuencia es que alguna ventaja habrán ganado los individuos que poseyeran ojos de un peso $\frac{1}{2000}$ menor, y esto apenas puede ser discutido.

Para no presentar la hipótesis con esta desventaja supongamos que ha habido á largos intervalos variaciones considerables de disminución, como por ejemplo $\frac{1}{20}$ de una vez en cien generaciones. Este es un intervalo demasiado grande para ser admitido, pero si suponemos que los decrecimientos sucesivos ocurren con más frecuencia, y por consiguiente demasiado pequeños; entonces la cantidad de cada uno es muy insignificante. Si observando su pequeña cabeza suponemos que los ojos del Proteus pesaban en el origen diez granos cada uno, resultaría que la cantidad de degeneración de $\frac{1}{20}$ ocurrida en cien generaciones, sería de un grano. Supongamos que este anfibio de forma de anguila de cerca de un pié de largo y media pulgada de diametro pese tres onzas.—En tal caso el decrecimiento en el peso del animal sería de $\frac{1}{1440}$ ó para mayor conveniencia digamos $\frac{1}{1000}$ lo que nos permitirá tomar los ojos como de catorce granos cada uno. (1)

(1) Encuentro que el ojo de un pequeño espirenque (único más apropiado que puedo disponer aquí) es de $\frac{1}{180}$ de su peso, y puesto que en los primeros tiempos de su existencia los ojos del pescado son desproporcionados, cuando el animal alcance su completo crecimiento, el ojo será probablemente $\frac{1}{200}$ de su peso. Examinando los magníficos grabados publicados por el *Bibliographisches Institut of Leipzig* que representan este perennibranquio Proteus, y otros anfibios, encuentro que en el organismo más semejante á él, el caducibranquialdo Axolotl, el diametro del ojo es menos de la mitad que el del espirenque, y está en una relación mucho menor respecto al tamaño del cuerpo. (La proporción en este es de $\frac{1}{26}$ de su longitud, y en el axolotl de cerca de $\frac{1}{56}$ siendo su cuerpo más voluminoso que el del espirenque). Si ahora tomamos la proporción lineal del ojo al cuerpo en este anfibio como una mitad de la proporción que representa el pescado puesto por ejemplo; resulta que la relación de la masa del ojo á la masa del cuerpo será de un octavo, y por consiguiente el

En esta proporción, cada decrecimiento ocasional aprovecharía al organismo. Pero la economía en el peso en un animal que posee casi la misma gravedad específica que el medio donde vive, sería infinitesimal. La economía en la nutrición de un órgano rudimentario que se compone de tejidos pasivos, sería también nominal. La única economía apreciable sería en la construcción original de las estructuras de la criatura; y la hipótesis de Weismann supone que la economía de una mil parte de su peso por decrecimiento de los ojos, sería tan beneficiosa al resto de la organización del individuo como para proporcionarle mayor probabilidad de vivir y una mayor multiplicación de sus descendientes. ¿Es posible aceptar esta inferencia?

Es claro que las deducciones que hemos obtenido han de ser solo aproximadas, pero creo que cualesquiera sean los razonamientos, no pueden alterar el resultado general. Si en lugar de suponer que los ojos han desaparecido enteramente, reconocemos que se encuentran en estado rudimentario, entonces el caso es peor. Si en lugar de dos mil generaciones admitimos diez mil, cuya probabilidad teniendo en cuenta la edad geológica de las cavernas sería más razonable; las dificultades serían mayores. Y si admitimos variaciones más extensas, como por ejemplo el decrecimiento de un cuarto en cientos ó miles de generaciones lo que no es una suposición muy exagerada, todavía la conclusión obtenida por los Weismann permanece sin defensa. Porque una economía de $\frac{1}{200}$ del peso del organismo no produciría un efecto apreciable en la supervivencia y aumento de su posteridad.

Y entonces: ¿No es verdad que el empleo de la frase «selección natural» ha contribuido á falsear la interpretación de los fenómenos? Debemos reconocer por lo tanto que ha producido en el espíritu de los naturalistas la suposición tácita de que puede hacer lo que la selección artificial, esto es, elegir y conservar cualquiera pequeña modificación ventajosa; mientras que la selección natural, de hecho, no puede escojer modificaciones, sino

peso del ojo del anfibio será de $\frac{1}{1600}$ del peso del cuerpo. Este es un cálculo demasiado amplio, sin embargo, para suponer que su original peso en el Proteus fuera de $\frac{1}{1000}$ con relación al cuerpo. Y yo puedo añadir que cualquiera que examine la plancha donde se representa el axolotl verá que si el ojo desapareciese enteramente en una simple variación, la economía conseguida no produciría efectos fisiológicos apreciables sobre el organismo.

el mayor desenvolvimiento de aquellas que de un modo notable aumentan la adaptación general á las condiciones de la existencia. ¿No podemos inferir de lo expuesto, que muchos naturalistas han adoptado inconscientemente una hipótesis insostenible por no tener presente la condición limitada de que para llegar á establecerse una variación ventajosa, es menester que en igualdad de las demás circunstancias contribuyan á la prosperidad de la descendencia?

Juntamente con la insuficiencia de la selección natural para explicar los cambios de estructura que no contribuyen al mantenimiento de la vida en direcciones importantes, que expuse en el §166 de los Principios de Biología; añadí otra insuficiencia. Allí sostuve que la facultad relativa de las partes cooperativas no puede considerarse tan sólo por la supervivencia del más apto, y especialmente cuando las partes son numerosas, y la cooperación compleja. Y para el ilustrar el asunto aduje el ejemplo de el desarrollo enorme de las astas en los animales que como el ciervo extinguido de Irlanda pesan cien libras, cuyos apéndices insertos en el macizo cráneo no podrían ser sostenidos por la extremidad del cuello sin muchas y grandes modificaciones de los huesos y músculos adyacentes del cuello y torax; y que sin una gran resistencia de las extremidades anteriores le hubieran estorbado al animal tanto en el combate como en la carrera. Y aduje también que mientras no podemos suponer crecimiento espontáneo de todas estas partes, proporcionando á las energías necesarias, tampoco podíamos admitir el crecimiento por variación de estas partes una despues de otra, sin suponer al mismo tiempo al animal en condición desventajosa á causa del peso y nutrición de partes que por de pronto no tendrían uso; partes que volverían á sus dimensiones originales antes que ocurrieran las demás variaciones necesarias.

Cuando en réplica se me contestó que las partes cooperativas varían simultáneamente, cité hechos que se hallaban en conflicto con esta aserción—el hecho de los cangrejos ciegos de las cavernas de Kentucky que han perdido sus ojos, pero no el pedunculo donde se insertan; el hecho de que en ciertas variedades de palomas domésticas ha desaparecido la porción normal entre la lengua y el pico, el hecho de que la falta de correspondencia entre las mandíbulas y los dientes de varias clases de perros caseros

ha contribuido á que los dientes se presenten apiñados en las mandíbulas [The Factors of Organic Evolución pp. 12 y 13.] Y entonces contesté que si las partes cooperativas pocas en número, y tan estrechamente asociadas como están las citadas no varían á la vez, no tenemos garantía para alegar que las partes cooperativas que son muy numerosas y remotas unas de otras, varíen á la vez. Después de esta observación, reforcé mi argumento con otro ejemplo, el de la Girafa. Reconociendo tácitamente la verdad de que la rara estructura de este animal debe haber sido en sus rasgos notables, el resultado de la supervivencia del más apto [desde el momento que es absurdo suponer que la longitud de las piernas fué adquirida en virtud de los esfuerzos del animal para alcanzar á las ramas más altas] ilustré de nuevo los obstáculos á la coadaptación. No insistiendo sobre la objeción que el aumento de cualquiera de los componentes de la parte anterior del cuerpo sin el ajustamiento de las demás, sería mas bien perjudicial que favorable; presenté el argumento que la coadaptación necesaria de las partes para hacer útil la estructura de la Girafa, es mucho mayor que lo que aparece á primera vista.

Este animal hace en la carrera una figura grotesca debido á la gran diferencia entre la longitud de sus miembros anteriores y posteriores. Hice observar que el modo de funcionar de las extremidades posteriores, muestra bien á las claras que tanto los huesos como los músculos han variado en sus proporciones y ajustamientos; y sostuve que difícil como es creer que todas las partes anteriores se han coordinado en virtud de variaciones apropiadas ya en una parte ya en otra; es imposible creer que todas las partes de los cuartos posteriores se han coadaptado simultáneamente unas con otras y todas ellas con las partes anteriores añadiendo que la falta de coadaptación aunque fuera en un simple músculo, sería de fatales resultados cuando tuviera necesidad el animal de sostener una larga carrera para escapar de sus enemigos.

Desde que este argumento, repetido con nuevas ilustraciones se publicó en 1886, no he leído nada que se pueda llamar una réplica, y debiera dejar la cuestión sin tocar si como pienso la convicción siguió á las pruebas aducidas. Es verdad que Mr. Wallace en su «Darwinism» se ha hecho cargo de mis objeciones, y como ya dije, sostiene que los cambios que se han puesto como ejemplo

pueden producirse por la selección natural, puesto que tales cambios se producen por la selección artificial: opinión que como advertí también supone un paralelismo que no existe. Pero ahora, en lugar de seguir mi argumentación en la misma vía tomaré una dirección algo diferente.

Si se presenta algún cambio en un órgano, por ejemplo, el aumento de tamaño que sirve mejor á las necesidades del animal, se admite que cuando el uso del órgano necesita la cooperación de los otros, el cambio en cuestión por lo general no es útil mientras no cambien también los órganos que cooperan á la función del primero. Si por ejemplo se produce una modificación en la cola de un roedor, de modo que por aumentos sucesivos se obtiene la cola en forma de paleta del castor, no se obtendrá ninguna ventaja de aquí, á menos que se presenten también ciertas modificaciones en el tamaño y forma de las vértebras adyacentes, y de su inserción en los músculos; así como probablemente también en los cuartos posteriores para resistir las reacciones que proceden de los movimientos caudales. Y la cuestión aquí es, por medio de cuales procedimientos estas partes diferentes que cambian en grados distintos, se coadaptan á las nuevas necesidades; es saber, si la variación y la selección natural solas pueden efectuar la coordinación de las partes.

Tenemos tres direcciones concebibles en las que se puede producir el cambio simultáneo de las partes: (1) Todas ellas pueden aumentar ó disminuir en igual grado. (2) Pueden aumentar ó disminuir simultáneamente pero de un modo independiente, sin mantener las proporciones anteriores, ó adquiriendo otras especiales. (3) Pueden variar en tales condiciones y grados de modo que en conjunto sean útiles para el nuevo fin que se propone la variedad. Y ahora vamos á discutir estas direcciones concebibles.

Y ante todo, ¿qué entendemos por partes cooperativas? En un sentido general todos los órganos del cuerpo son partes cooperativas, y todas ellas son más ó menos susceptibles de cambio, cuando cambia cualquiera de ellas. En un sentido más estrecho si queremos señalar directamente la importancia del argumento y multiplicar las dificultades podemos tomar en consideración todo el sistema muscular y óseo como formado de partes cooperativas; porque éstas se hallan en conexión tan íntima que cual-

quier cambio considerable en una de ellas, supone un cambio en las acciones de las otras. Sólo necesitamos observar, como haciendo determinado esfuerzo acompaña á una respiración más profunda la expansión del pecho, y la elevación de abdomen, para ver que actúan muchos más músculos que los comprometidos directamente en la función. O bien cuando sufrimos de lumbago observamos que al levantar por ejemplo, una silla sentimos el esfuerzo no sólo de los brazos que se ponen en acción, sino también los músculos de la espalda. Estos casos muestran como los órganos motores se hallan tan unidos entre sí que las acciones modificadas de algunos, suponen acciones modificadas de otros que se hallan distantes.

Pero sin aprovecharnos de las ventajas que nos proporcionaría esta interpretación de las palabras, tomemos como órganos cooperativos los que poseen más evidente esta propiedad — los órganos de la locomoción. ¿Qué dirémos entonces de las extremidades anteriores y posteriores de los mamíferos terrestres que cooperan tan estrecha y perpétuamente? ¿Varían á la par? Y si es así: ¿Como se hubieran producido esos contrastes que observamos en estructuras como la del Kanguroo con sus extremidades posteriores tan prolongadas, y las anteriores tan cortas; ó en estructuras como la de la Girafa en la que las extremidades anteriores son largas y las posteriores cortas: como es que descendiendo ambas especies del mismo mamífero primordial, existe una divergencia tan marcada para poseer sus extremidades en direcciones opuestas? Tomemos por ejemplo los animales articulados. Comparemos uno de los tipos más bajos en la escala con sus apéndices casi de un mismo tamaño; con uno de los más altos como el cangrejo ó la langosta con extremidades unas muy cortas y otras largas. ¿Cómo había de producirse este contraste en el curso de la evolución si existiera la igualdad de variación supuesta?

Pero estrechemos aún más la significación de la frase para obtener una interpretación más favorable, y en lugar de considerar los órganos de la locomoción separadamente, tomemos las partes componentes de un mismo miembro como cooperativas, é indagemos lo que resultaría si variasen al mismo tiempo. Sucedería en este caso que aún variando en tamaño los miembros anteriores y posteriores del mamífero, no presentaría diferencia en

sus estructuras. De lo contrario ¿cómo hubiera sido posible una desigualdad tan notable entre los miembros anteriores del Kangaroo y los del Elefante? Y si se objeta á este argumento por que los animales citados pertenecen á divisiones tan diferentes como los mamíferos placentarios y los implacentarios, tomemos el caso del conejo y del elefante que pertenecen ambos á la clase primera.

En la hipótesis de la evolución ambas especies derivan de la misma forma original, pero las proporciones de las partes han llegado á ser tan diferentes, que las articulaciones correspondientes apenas si pueden ser reconocidas por los que no son observadores: tan desiguales, que las partes correspondientes de los miembros parece que se doblan en direcciones opuestas. Igualmente es digno de nota, si no más, el hecho paralelo que presentan los «Articulados.» Tomemos la extremidad de la langosta dotada de garra y comparémosla con la extremidad correspondiente de un articulado inferior, ó la correspondiente de su congéne re el cangrejo; y veremos como los segmentos que constituyen la extremidad en un caso tienen que ser de proporciones muy diferentes que en las del otro. Por consiguiente, considerando los hechos más generales de estructura orgánica, no podemos negar que las variaciones en las partes correspondientes de las extremidades, no pueden ser de la clase de las que producen la misma cantidad de cambio, sino de la clase opuesta ó sea las que tienden á producir diferencias. Además, debemos recordar que la producción de estas desigualdades entre las partes cooperativas es un principio esencial del desenvolvimiento orgánico, y si no fuera así no hubiera habido progreso de la homogeneidad á la heterogeneidad de estructura que constituye la evolución.

Pasemos ahora á la segunda suposición:—que las variaciones en las partes cooperativas varían de un modo irregular, ó tan independiente que no existan definidas relaciones entre ellas. Esta es la suposición que mejor corresponde con los hechos. Observemos las caras de las personas que nos rodean y encontraremos ejemplos bien evidentes. Muchos de los músculos de la cara y algunos de los huesos funcionan en conjunción, y estas partes varían en tales direcciones, que en cada persona producen una combinación distinta; y lo que vemos en la cara tenemos razón para creer que resulta en los miembros y en todas las otras

partes. No tenemos más que comparar los individuos que teniendo los brazos de una longitud próximamente igual poseen dedos, toscos los unos, y finos los otros; ó notar la desigualdad en el movimiento del cuerpo de los transeuntes, cuyos movimientos suponen pequeñas diferencias de estructura; para convencernos que la relación entre las partes cooperativas dista mucho de ser definida. Y ahora fijando nuestra atención sólo en los miembros veamos lo que puede suceder si teniendo lugar las variaciones de un modo irregular, y debiendo cambiar parcialmente la función debido al cambio de condiciones; se han de coordinar nuevamente las partes.

Supongamos una especie de cuadrúpedos cuyos miembros durante una serie de generaciones se han acostumbrado á la locomoción sobre un país relativamente llano como sucede á la marmota de la América del Norte (*Cynomys Ludovicianus*), y supongamos que el aumento de la especie es tan grande que tenga necesidad de invadir una región llena de obstáculos para la locomoción, cubierta, por ejemplo, de ramas de árboles en las forestas arruinadas. La habilidad para el salto debe ser una condición útil, y según la hipótesis que estamos estudiando, esta habilidad se habrá producido en virtud de la selección de variaciones favorables. ¿Cuáles son las variaciones que se necesitan? El salto se efectúa principalmente doblando los miembros posteriores de forma que las coyunturas presenten ángulos agudos, y después estendiéndolos con rapidez, como podemos observarlo en los gatos al saltar sobre la mesa.

El primer cambio que se requiere es el aumento de los grandes músculos extensores, por medio de los cuales se distinguen los miembros. Estos aumentos deben ser proporcionados porque si los que sirven para poner en tensión una coyuntura son más fuertes que los que distienden la otra; el resultado debe ser el colapso de esta cuando los músculos se contraen á la vez. Pero hagamos una gran concesión y supongamos que estos músculos varíen á la vez. ¿Qué otro cambio muscular necesitamos enseguida? En un mamífero plantigrado los huesos del metatarso son los que principalmente sufren la reacción del salto, aunque los pies tomen su parte. Sin embargo en un mamífero digitigrado los pies forman casi exclusivamente el apoyo, y si tienen que sufrir la reacción de un gran salto, los músculos flexores que los com-

primen y doblan deben alargarse de un modo proporcional; porque de lo contrario el salto es un fracaso por falta de punto de apoyo. Los tendones se han de mortificar tambien como los músculos, y entre otros los tendones que van á los digitos y á sus falanges. Músculos y tendones fuertes, suponen fuerte resistencia en las coyunturas, porque de lo contrario se había de suceder alguna dislocación cuando el salto fuera extraordinario. No solamente las articulaciones se han de modificar para desarrollar mas energía, sino tambien los ligamentos numerosos que conservan cada parte en su lugar. Ni tampoco pueden permanecer los huesos con la misma fortaleza que antes, porque si no aumentan en resistencia el animal no puede efectuar los movimientos mas violentos que necesita en el género nuevo de vida. Así haciendo caso omiso de los cambios requeridos en la pelvis, como en los nervios, como en los vasos, tenemos que contando sólo los huesos músculos, tendones y ligamentos; hay como cincuenta partes diferentes en cada miembro posterior que han de experimentar crecimiento, y por lo tanto se han de aumentar en grado diferente.

Pero al mismo tiempo to las las partes que varían han de estar bien equilibradas durante los diferentes estados del desarrollo, como cualquiera lo puede observar sin más que tomar nota de los sucesos que se ven todos los días. Entre mis amigos tengo uno que se rompió el tendón de Aquiles jugando al «lawntennis» otro que se destruyó algunas fibras musculares de la pierna columpiando á un hijo suyo, otro que se rompió el ligamento de una rodilla subiendo á una ventana. Tales hechos junto á los que la experiencia enseña diariamente muestran que durante los extremos ejercicios á los que se hallan sugetos los miembros en ocasiones, se observan partes que no han adquirido la energía necesaria en relación con las otras. ¿Como se mantiene este equilibrio? Supongamos que los músculos extensores hayan variado de un modo conveniente: sus variaciones no son útiles á menos que las demás partes cooperativas hayan variado tambien en el grado necesario; Pero es más. Sin decir nada de la desventaja que ha de causar un aumento de peso á costa de la nutrición, causarán el perjuicio de contraer las demás partes con una fuerza mayor de la debida. ¿Y entonces cuanto tiempo tardará el resto del organismo para adquirir el ajustamiento neces-

rio? Como dice Mr. Darwin refiriéndose á los animales domésticos.

«Cualquiera variación particular por lo general se perdería ya por cruzamiento, reversión, etc.; si no fuera preservada cuidadosamente por el nombre. En un estado de naturaleza por consiguiente, las variaciones favorables de esos músculos volverían á desaparecer mucho antes que una ó varias partes cooperativas se modificasen de un modo conveniente, y con mayor motivo, antes que todas las demás partes adquirieran el debido ajustamiento.

A esta dificultad insuperable va unida otra más insuperable aún, si se permite la frase. Porque aquí no hay una cuestión de aumento de partes solamente, sino también las formas modificadas de estas partes. Un examen simple y comparativo de los esqueletos de diferentes mamíferos nos mostrará las diferencias de formas que adoptan las partes correspondientes de los huesos de los miembros, la manera como se han modificado en cada especie para adaptarse á las necesidades creadas por los diferentes hábitos. La modificación de estructura de los miembros posteriores que adaptados en su origen para el paso y la carrera, han de adquirir luego la habilidad para el salto; supone por lo tanto que á la mayor resistencia de los huesos debe acompañar la alteración en sus formas. Ahora bien, las alteraciones espontáneas de forma que han lugar en cada hueso son innumerables. ¿Cuanto tiempo ha de trascurrir antes que se verifique la modificación particular que ponga al hueso en condiciones de adaptarse á la nueva acción? ¿Y cuál será la probabilidad de que muchos huesos sufran las modificaciones necesarias de tamaño y forma para el nuevo hábito, antes que los otros las hayan perdido? Si son incalculables las probabilidades contra el éxito cuando solo tomamos en cuenta los cambios de tamaño de las partes: ¿Qué diremos de su improbabilidad cuando entren en el problema las diferencias de forma?

«Seguramente esta aglomeración de dificultades va demasiado lejos», exclamará el lector. De ningún modo: existe una dificultad que supera infinitamente á las ya aducidas. Hemos omitido la segunda parte del salto y las acciones que requiere. Después de la subida del cuerpo del animal viene el descenso; y si grande es la energía desarrollada para un caso grande es para el otro. Si el individuo supuesto ha sufrido cambios en sus miem-

bros posteriores para hacerle capaz de saltar á gran altura sin haberse modificado los miembros anteriores, el resultado será que al descenso éstos le fallarán y al llegar al suelo caerá de bruces. Los miembros anteriores por consiguiente se han tenido que modificar simultáneamente con los posteriores. ¿Y qué clase de cambio?

Compárese el contraste marcado entre el ángulo que forman las partes de los miembros posteriores de un gato con las de los miembros anteriores casi rectas, ó compárese la silenciosa subida á la mesa con el arañeo que producen sus uñas anteriores cuando salta al suelo. Véanse que desiguales son las acciones de los miembros anteriores y posteriores, y que desiguales sus estructuras. ¿En qué dirección, pues, se ha de efectuar la coadaptación necesaria? Si aquí fuera cuestión de tamaños relativos solamente, no habría que hablar, porque los hechos citados anteriormente muestran que no suponemos aumentos simultáneos de tamaño que habrían de tener los miembros anteriores y posteriores; y sin ir más lejos no hay más que fijarnos en las diferentes razas humanas para ver como varían considerablemente las proporciones entre el tamaño de las piernas y los brazos. Pero aquí no es cuestión de dimensiones. Para resistir el aumento en la energía del choque, en el descenso, los miembros anteriores han de cambiar en sus estructuras. Y del mismo modo que en las posteriores, los cambios han de ser en muchas partes y en muchas proporciones; y estas á la vez han de ser en tamaño y formas. Todavía más; el arco escapular y los músculos á él insertos deben modificarse y ganar en energía. Veamos entonces, en total, las variaciones que son necesarias. Debemos suponer que por selección natural de variaciones complejas, las partes de los miembros posteriores se han de coadaptar entre sí, en tamaños, formas y proporciones; que las partes de los miembros anteriores han de experimentar coadaptaciones semejantes en complejidad, pero diferentes en calidad; y debemos suponer también que las dos series de coadaptaciones se han de efectuar «pari passu». Si como puede admitirse las probabilidades son de millones contra una para no efectuarse la primera serie de cambios; las probabilidades son de billones contra una para que se efectúe el cambio simultáneo de la segunda, el ajustamiento progresivo á la primera.

Todavía nos queda por ocuparnos del tercer modo concebible

de coordinaciones, porque se puede imaginar que aún cuando por selección natural de variaciones complejas no se pueden efectuar las coordinaciones, éstas pueden tener lugar de un modo apropiado: ¿De qué modo? Porque suponer, esto es, admitir que el fin de las modificaciones está de algún modo reconocido; y si los cambios se producen paso á paso y simultáneamente proporcionados hasta conseguir el fin; esto es reconocer una designada producción de estos cambios. En este caso hemos de volver atrás á la primera hipótesis, y si lo admitimos esto en parte, debemos admitirlo en el todo; lo que es volver á la doctrina de las creaciones especiales.

¿Cuál es entonces la única interpretación aceptable? Si tales modificaciones de estructura producidas por modificaciones de función, según vemos que han lugar en cada individuo; son en cualquier cantidad trasmisibles á sus descendientes; entonces quedan por explicar todas estas coadaptaciones desde la más simple á la más compleja. En algunos casos esta herencia de caracteres adquiridos, basta por sí misma para explicar los hechos; y en otros casos es suficiente cuando se toma en combinación con la selección de favorables variaciones. Un ejemplo de la primera especie, le proporciona el cambio que acabamos de discutir; y un ejemplo de la segunda le tenemos en el caso estudiado antes del desenvolvimiento de las astas en el ciervo. Si mediante una mayor solidez producida espontáneamente, ó por la formación de un «punto» adicional, se gana alguna ventaja ya para el ataque ó la defensa, entonces, si el aumento de estructura y energía muscular del cuello y torax que produce el poseer las astas más pesadas, se hereda en mayor ó menor grado en sucesivas generaciones, y esto trae consigo el aumento de energía necesaria; es posible y ventajoso el aumento de los apéndices, así como el del aparato que los sostiene. Solamente en virtud de tal proceso en el cual cada parte gana la energía necesaria para el desempeño de la función, es como las partes cooperativas se pueden conservar en el debido ajustamiento, y reorganizarse para las nuevas necesidades. Un exámen profundo de los hechos me hacen pensar más que nunca en estas dos alternativas: ó bien existe la herencia de caracteres adquiridos ó bien no existe la evolución.

Cierto es que esta concluyente opinión será puesta en tela de

juicio por algunos que no estén menos aferrados á la idea opuesta' la cual envuelve la negación de la posibilidad. Ultimamente se ha asegurado, y por muchos creído que la herencia de caracteres adquiridos no puede ocurrir.

Weismann, dicen, ha demostrado que desde el principio de la evolución, en cada organismo se ha establecido una distinción tan profunda entre las unidades componentes encargadas de la vida intelectual, y las que tienen por misión la conservación de la especie; que los cambios de unas no pueden afectar á las otras. Examinarémos atentamente esta doctrina.

Basando su argumento en el principio de la división del trabajo fisiológico, y suponiendo que la división primaria es entre tal parte del organismo que se ocupa de sostener la vida del individuo, y tal otra que se reserva para la producción de otras vidas; Weismann conteniendo con «el primer organismo multicelular» dice: «de aquí que el grupo más sencillo se dividiera en dos grupos de células, que pueden llamarse somáticas, y reproductivas, esto es, las células del cuerpo, como opuestas á las que se encargan de la reproducción. (*Essays upon Heredity*, p. 27).

Aunque él admite que esta diferenciación «no era al principio absoluta, ni aun en la actualidad siempre se verifica,» sin embargo establece que la diferenciación llega á veces á ser absoluta en el sentido de que las células somáticas, ó las que constituyen el cuerpo en general, llegan á tener sólo un poder limitado de división celular, en lugar de una facultad ilimitada como poseen las células reproductivas, y también en el sentido de que eventualmente cesa toda clase de comunicación entre las dos clases de células, excepto en lo que se refiere á la nutrición de las reproductivas por las somáticas. La conclusión del argumento, es que en ausencia de comunicación los cambios inducidos en las células somáticas, que constituyen el individuo, no pueden ejercer su influencia sobre la naturaleza de las reproductivas; por lo tanto dichos cambios no pueden ser transmitidos á la posteridad. Tal es la teoría; y ahora examinémos algunos hechos, algunos que nos son familiares, y otros no tan conocidos.

Las investigaciones de Pasteur le llevaron á la conclusión positiva de que se heredan las enfermedades del gusano de seda. La trasmisión del organismo á su progenie resulta, no de ninguna contaminación de la superficie del huevo por el cuerpo del

padre mientras le deposita, sino por efecto de la infección del huevo mismo—por intrusión del organismo parasitario. Observaciones generales respecto á la enfermedad llamada «pebrine» le condujeron á decidirse por la inspección de los huevos que estaban infectados, y los que no estaban, resultando que ciertas modificaciones de forma distinguían á los gérmenes enfermos. Pero aun más que esto, la infección se probó por el exámen microscópico del contenido interior del huevo, y en apoyo de esto cita lo siguiente, del profesor Dr. Carlo Vittadini.

«Resulta de mis investigaciones sobre los huevos, en la época que comienza el desarrollo del gérmen, que una vez aparecidos los corpúsculos, aumentan gradualmente en número á medida que se desenvuelve el embrión; y que en los últimos días de la incubación, el huevo está lleno hasta el punto de hacer sospechar que la mayor parte de los gránulos del huevo se han transformado en corpúsculos.

«Otra observación importante es que el embrión está también plagado de corpúsculos, de tal modo que se puede suponer que la infección del nuevo organismo tiene su origen en el gérmen; ó en otros términos, que el gérmen posee la infección primordial, y lleva en sí los corpúsculos del mismo modo que los gusanos adultos atacados de la enfermedad. (1)

Así pues, la sustancia del huevo, y hasta sus partes más íntimas, son permeables á un parásito de suficiente magnitud para ser percibido el microscopio; es también permeable por lo tanto, á las moléculas invisibles de proteína de la que están constituidos sus tegidos vivientes, y por medio de cuya absorción los tegidos crecen. Pero según Weismann, la sustancia del huevo no es permeable á las unidades invisibles de protoplasma de que están formados los tegidos activos vitales del padre: unidades compuestas, como podemos suponer, de moléculas de proteína coordinadas de varios modos. Así es, que puede pasar la sustancia mayor, puede pasar la más pequeña; pero no puede pasar la intermedia!

Un hecho notable, aunque desgraciadamente más familiar, debemos poner en evidencia, y se refiere á una enfermedad bastante frecuente entre las personas de conducta irregular. La más alta autoridad respecto á esta afección en su forma hereditaria,

[1] *Les Maladies des Vers a Soie* par Mr. L. Pasteur, i, 39.

es Mr. Jonathan Hutchinson, y los siguiente párrafos son extractos de una carta que me dirigió y que publicó en su consentimiento.

«No creo que haya duda alguna respecto al hecho de que una gran mayoría de los que padecen sífilis heredada, la han recibido del padre..... es la regla que cuando el marido no tiene lesión local, pero cuya enfermedad no ha extirpado, la puede transmitir á los hijos aún cuando la mujer se halle bien aparentemente. Sin duda el hijo infecta la sangre de la madre, pero ésta por lo general no presenta ningún signo de sífilis..... Yo estoy seguro de ello porque he visto cientos de niños sifilíticos, en tanto que las madres en lo que á mí me consta, no han mostrado ni el más ligero síntoma.»

Véase á lo que nos hallamos obligados si aceptamos la hipótesis de Weismann.

Debemos admitir entonces que mientras las células reproductivas pueden ser invadidas en el organismo del padre por un elemento viviente anormal, los elementos vivientes normales que constituyen el protoplasma vital del organismo del padre no pueden sufrir la invasión. O si se admite que pueden penetrar elementos extraños en ambas modificaciones de células, entonces la conclusión es, que mientras el elemento anormal puede modificar el desenvolvimiento de modo que produzca cambios de estructura, [como las de los dientes,] el elemento normal no puede sufrir cambios de estructura. [1]

[1] Es bastante curioso que Weismann reconoce y se refiere á la infección de las sífilis en las células productivas. Discutiendo los casos de epilepsia heredada que presenta Brown Sequard [respecto á los cuales no me veo obligado á obtener conclusiones], dice: «En el caso de epilepsia, de todos modos, es fácil imaginar, [muchos de los argumentos de Weisman están basados en frases como «es fácil imaginar»] que puede tener lugar el paso de algun organismo específico entre las células reproductivas, como sucede en la sífilis.» [p. 82.] He aquí un ejemplo de sus razonamientos. «Se sabe bien que la epilepsia se produce con frecuencia á causa de alguna irritación periférica [hasta por la extracción de algún cuerpo extraño por pequeño que sea, de debajo de la piel,] y entre las irritaciones periféricas que causan la epilepsia, la cura imperfecta es una de ellas. Y sin embargo aunque en el caso de Brown Sequard el origen aparente fué una irritación periférica causada en el padre por una herida local, Weismann se inclina voluntariamente á admitir que la progenie estaba infectada por algun «organismo específico» que produjo la epilepsia! Y entonces, aunque el virus epiléptico, como el virus sifilítico puede abrirse paso y penetrar en el huevo, el protoplasma del padre no puede hacerlo!

Ahora pasemos á la evidencia que no es muy conocida en general, pero lo es bastante en el mundo biológico, aunque de un modo tan incompleto, que no se le estima en lo que vale. Quiza cuando yo lo indique muchos pensarán que es una vagatela. El hecho á que me refiero consta en el College of Surgeons en un dibujo de un potro nacido de una yegua que no era completamente de pura sangre, y de padre de pura sangre, un potro que tiene las marcas de la Quagga. La historia de este animal fué comunicada á la presidencia de «The Royal Society» por el Conde de Morton, F. R; S; y leida el 23 de Noviembre de 1820. En la carta dice que deseando domesticar la Quagga, y habiendo obtenido un macho pero nó una hembra, hizo un experimento.

«Intenté obtener una cría de un Quagga macho y una yegua jóven castaña de siete octavos de sangre árabe, que no había tenido ningun parto; y obtuve como resultado una hembra híbrida; ahora de cinco años, llevando así en su forma como en su color muy decididas indicaciones de su origen misto.

Más tarde la misma yegua fué echada en casa de Sir Gore Ouseley á un caballo de pelo fino negro de raza árabe. Ayer tarde examiné las dos crias: un potro de dos años y una potranca de un año. Ambas tienen el carácter árabe como se podía esperar porque quince partes de diez y seis son de sangre árabe, y ambas son finos ejemplares de la raza; pero en ambas el color y el aire de sus movimientos, tienen una notable semejanza con la Quagga. Su color es bayo, marcado más ó menos como la Quagga en un tinte mas oscuro. Ambas se distinguen por la línea oscura á lo largo del lomo, las listas oscuras cruzando el cuarto delantero, y las barras oscuras de las patas posteriores.» [1]

Lord Mooton cita algunas otras personas con quien estuvo en correspondencia, y el Dr. Wollaston entonces Presidente de la Royal Society, quien vió los animales certifica que es correcta la descripción, no poniendo duda alguna en los hechos citados. Pero hay muchas razones para dudar, y de aquí naturalmente se desprende la cuestión: ¿Cómo es que resultados parecidos no se observan en otros casos? ¿Y si se reproducen en una progenie ciertos rasgos que no pertenecen al padre, sino al caballo de que dió la progenie anterior, como es que rasgos hereda-

[1] Philosophical Transactions of the Royal Society for the year 1821.

dos tan anómalos, no se observan en animales domésticos, ni tampoco en la humanidad? ¿Cómo es que el hijo de una viuda de segundas nupcias no lleva algunos caracteres que recuerden al primer marido? A estas preguntas ninguna réplica parece satisfactoria y en ausencia de razones, escepticismo, si no descreimiento, es lo más razonable.

Hay sin embargo una explicación. Hace cuarenta años me hice familiar con un hecho que me impresionó por las conclusiones significativas que se podían obtener, y por eso creo que se conserva en mi memoria. Este hecho consta en el *Journal of the Royal Agricultural Society*, vol. XIV (1853) p. 214 y siguientes; y se refiere á ciertos resultados de cruce entre razas de carneros ingleses y franceses. El Autor, Mr. Malinguie-Nouel, Director de la Agricultural School de la Charmoise, afirma que cuando los ejemplares franceses, en los cuales iban incluidos los merinos «mongrel», se cruzaban con los de la raza inglesa, las crías presentaban los siguientes resultados.

«La mayor parte de ellas heredaban más rasgos de la madre que del padre, mientras que algunos ejemplares no presentaban signos de este último.» Admitiendo los hechos respecto á los mongreles, con los registrados después, se puede bien establecer que los casos en los cuales no había rasgos del padre, pertenecían á la clase de corderos procedentes de madre de pura sangre. Hablando de los resultados de estos cruzamientos en la segunda generación «poseyendo el 7 por ciento de sangre inglesa» Mr. Nouel dice: «á medida que los corderos llegaban á la edad adulta presentaban una bonita apariencia con gran contento del criador..., pero á poco de alcanzar el desarrollo completo comenzaban á decaer en energía, vigor y belleza..... por último la constitución desaparece apoderándose de ellos estupidez durante el resto de sus días» probando si que la constitución es inestable, ó poco adaptada á las necesidades. ¿Cómo consiguió Mr. Nouel obtener una combinación apropósito entre una fina raza inglesa y otra ordinaria de Francia?

«Tomaba animales de los rebaños que poseían crías procedentes de una mezcla de dos distintas razas que se hallan establecidas en estas provincias (Berry y la Sologne), y los unía con otros animales de sangre mezclada, los cuales poseían rasgos del merino de pura sangre y de la raza «tourangelle» procedentes de

la Beace y de Touraine; y obtuve cuatro razas sin carácter decidido, sin fijeza..... pero con la ventaja de poderse adaptar á nuestro clima y costumbres.»

«Echando ovejas de esta mezcla á moruecos de pura sangre New-Kent..... una vez obtuve un cordero que contenía el cincuenta por ciento de sangre inglesa, más pura y antigua con el doce y medio por ciento de cuatro diferentes razas francesas, las que perdieron individualmente su carácter á costa de la preponderancia de la raza inglesa, desapareciendo casi por completo y reproduciéndose cada vez más en tipos más finos..... Toda la crianza que siguió después presentaba una gran semejanza confundiéndose por completo con los animales que se producen en Inglaterra.»

M. Nouel afirma luego que cuando individuos de esta raza derivada procreaban entre sí, perdían los descendientes los rasgos de las razas francesas, «algunos expertos podían descubrir ligeras señales, pero éstas pronto desaparecieron.»

Tenemos, pues, la evidencia que constituciones relativamente puras, predominan en progenie que posee constituciones mezcladas, y la razón de esto no es difícil averiguar. Cada organismo tiende á adaptarse á sus condiciones de vida y todas las estructuras de una especie acostumbrada en multitud de generaciones al clima, alimento, y á las varias influencias de localidad se amoldan en una cooperación harmoniosa y favorable á la vida en la localidad; y de aquí resulta que en el desarrollo de cada individuo, la tendencia conspira á producir una organización apropiada. Otra cosa sucede cuando la especie se traslada á otra habitación de diferente carácter, ó cuando es de sangre mezclada. En un caso sus órganos no se hallan por completo en harmonía con las necesidades de su nueva vida, ni tampoco los órganos entre sí; porque mientras una influencia, por ejemplo, el clima es insignificante; otra influencia como es el alimento, puede variar mucho, y por consiguiente las relaciones perturbadas de los órganos se interponen con el equilibrio estable original. En el otro caso todavía se presenta una perturbación de equilibrio. En un mongrel, la constitución derivada de las diferentes razas se repite lo más posible, y de aquí resulta un conflicto de tendencias para desarrollar dos estructuras más ó menos diferentes. Las tendencias no se desenvuelven harmoniosamente, sino que parcial-

mente se inclinan á producir un desequilibrio entre los órganos. Porque si tenemos un rebaño en el cual están unidos rasgos de varias líneas de descendencia, de aquí resulta una organización cuajada de pequeñas incongruencias así de estructura como de acción, disminuyendo de este modo la facultad de conservar el equilibrio; y mientras no puede resistir bien las influencias contrarias, también la especie encuentra dificultad para transmitir á la posteridad sus rasgos propios. Refiriéndonos á los padres de raza pura y mezclada respectivamente, tendiendo separadamente á reproducir sus propias estructuras á la progenie, podemos decir en sentido figurado que la casa dividida contra sí misma, no puede oponerse á la casa cuyos miembros se hallan acordes.

Ahora, si esto se demuestra en las razas más puras que se han adpotado á su habitación y medios de vida durante unos cuantos cientos de años: ¿Qué diremos cuando la cuestión se presenta en una raza que ha permanecido en un constante medio de vida en la misma localidad durante diez mil años ó más, como la Quagga? En esta raza la estabilidad de constitución debe ser tal, que no tenga comparación con la de ningún animal doméstico. Por estables que puedan ser la constituciones de los caballos de Lord Morton comparadas con las de los caballos ordinarios, sin embargo, desde el momento que los caballos árabes aún en su propio país han tenido que mezclarse con toda probabilidad durante las sucesivas conquistas y emigraciones de las tribus; desde que la sujeción á las condiciones de la vida doméstica es muy distinta de las condiciones en las que se halló la raza durante su vida en estado natural; y puesto que la raza inglesa ha estado expuesta á las influencias perturbadoras del cambio de clima y alimento del Este al clima y alimento del Oeste, es evidente admitir que las organizaciones del caballo y de la yegua en cuestión, no podían poseer el equilibrio perfecto producido en la quagga, durante cien siglos de cooperación harmoniosa. De aquí proviene el resultado. Y de aquí proviene también la interpretación del hecho de que fenómenos análogos no se aperciben en los animales domésticos ni en nosotros, puesto que en ambas clases existen constituciones mezcladas, unas relativamente y otras en grado sumo, cuyas constituciones como lo vemos en la raza humana han venido mezclándose generación tras generación, no por la formación de un término medio entre los padres, sino por la confusión

de los rasgos del uno con los rasgos del otro, hasta llegar á un punto en que ya no existen tendencias entre las partes, á producir repeticiones de detalles combinados de estructura, en la posteridad.

Sospechando que la anomalía presentada por el potro de la quagga, levantara algunas dudas, me hizo pensar sobre el asunto, y obtuve esta interpretación antes de enviar al Museo del Colegio de Cirujanos por los datos y referirme á las actas. Cuando me remitieron la copia tal como se hallaba redactada en *the Philosophical Transactions*, venía unido un informe respecto á fenómenos presentados en una pareja de cerdos, entre los cuales se habían verificado hechos análogos. A mi pregunta inmediata: ¿Era el macho silvestre? se me contestó: no lo sabemos. Después me enviaron el libro donde constaban las observaciones y allí encontré lo que esperaba, hallándose contenidas en una comunicación leída por el Dr. Wollaston, según los datos suministrados por Daniel Giles, Esq., respecto á la hembra y su cría, donde dice:

«Ella pertenecía á la raza blanca y negra bien conocida, propiedad de Mr. Western, el miembro de la cámara por Essex. Hace como diez años que la eché á un macho de jabalí, de color castaño oscuro que había acabado de recibir de Hatfield House, y que muy pronto se ahogó accidentalmente. La descendencia del primer parto participaban en apariencia del macho y de la hembra, pero en algunos prevalecía el color castaño oscuro del padre.»

La hembra fué luego echada á un macho de la casta perteneciente á Mr. Western, [el jabalí hacía mucho tiempo que se había muerto,] y la descendencia de esta cópula presentó algunos hijuelos, que con gran sorpresa nuestra tenían manchas del color castaño oscuro, que había prevalecido en el parto anterior.

Mr. Giles añade que en un segundo parto generado también por el macho de la casta de Mr. Western, tanto él como el encargado del establo recordaban que la descendencia había presentado también el mismo color, pero no se hallaban tan seguros de este hecho como de los anteriores. Y dice también que durante muchos años de experiencia, nunca había visto en la raza de Mr. Western, la menor apariencia del color castaño.

¿Qué probabilidades existen para estos resultados anómalos, se hubieran producido en estas condiciones excepcionales como motivo de cambio?

Evidentemente, las probabilidades contra tal coincidencia son enormes. El testimonio en ambos casos es tan bueno, que aparte de la coincidencia no se podría recusar sin razón, pero la coincidencia le hace aceptar imperativamente. Hay una confirmación mútua, y al mismo tiempo existe una interpretación que proporciona lo extraño del fenómeno, al par que la ausencia de él en circunstancias ordinarias.

Y ahora en presencia de estos hechos, ¿qué nos resta decir? Simplemente que son fatales á la hipótesis de Weismann. Muestran que no existe la supuesta independencia de las células reproductivas, sino que ambas se hallan en una unión estrecha. Los hechos prueban que mientras las células reproductivas se multiplican y coordinan entre sí durante la evolución del embrión, parte de su germen-plasma pasa á las células somáticas que constituyen el cuerpo paternal, y es una parte componente de él. Además, estos hechos obligan á pensar que este plasma-germen introducido en las células somáticas y repartido por todas partes, ha de ceder alguna cantidad á las células reproductoras que se forman subsecuentemente. Y si demostramos de este modo que esas unidades ligeramente diferentes de un plasma-germen extraño que penetran en el organismo, penetran también en las células reproductivas formadas más tarde, y afectan las estructuras de los individuos que éstas originan; la consecuencia es que una cosa igual sucede con aquellas unidades originales que poseen alguna cosa diferente á causa de la modificación de funciones: debe haber por lo tanto una tendencia á la herencia de los caracteres adquiridos.

Nos resta por examinar un punto. Queda por averiguar el defecto en que se apoyan las teorías de Weismann. Si como observamos, las conclusiones que se obtienen de ella no corresponden á los hechos, entonces el razonamiento no es válido, ó el postulado original es falso. Abandonando las cuestiones que se refieren al razonamiento, será aquí bastante demostrar la falsedad del postulado. Si su trabajo se hubiera publicado durante los primeros años de la doctrina celular, entonces la suposición de que se separan completamente las células prolíferas de que están compuestos los Metazoa y Metaphyta, quizá no se hubiera recibido con sospecha; pero hoy la sospecha no sólo se justifica, sino que se niega la afirmación. Hace como doce años se descubrió

que en muchos casos las células vegetales se hallan unidas entre sí por retículas de protoplasma: retículas que unen el protoplasma interno de una célula, con los protoplasmas internos de las que la rodean. Esto es como si los pseudopodia de rhizopodos confinados, se fundieran con pseudopodia de los rhizopodos adyacentes. No podemos razonablemente suponer que la continua red de protoplasma así constituido, se haya producido después que las células hayan llegado al estado adulto, y todo contribuye á admitir que las conexiones protoplásmicas hayan sobrevivido al proceso de división celular.

La consecuencia es que las células que forman el embrión de la planta han conservado las conexiones protoplásmicas mientras que ellas se multiplicaron, y que tales conexiones han continuado durante todas las multiplicaciones subsiguientes: suposición que creo se ha establecido mediante las investigaciones que se han hecho en semillas de palma en germinación. Pero ahora llegamos á la demostración de una serie de hechos que se verifican en las estructuras de los animales en sus primeros períodos de desenvolvimiento.

En su Monografía del desenvolvimiento del «Peripatus Capensis», Mr. Adam Sedgwick F. R. S., Catedrático de Morfología Animal, en Cambridge, dice lo que sigue:

«Todas las células del ovum, así ectodérmicas como endodérmicas se hallan unidas por un retículo fino protoplásmico» p. 41.

«La continuidad de las varias células del ovum en segmentación, es primaria y no secundaria; así es que por ejemplo, en el clivage los segmentos no se separan completamente unos de otros. Pero estamos autorizados para hablar de células en este caso? La segmentación completa del ovum es un *syncytium* y no hay ni ha habido en ningún período límites celulares» (p. 41).

«Cada dia nos convencemos más que las células de que se componen los tegidos animales no son unidades aisladas, sino que se hallan en conexión entre sí. Sólo tengo necesidad de referirme á la conocida conexión que existe entre las células de los tegidos, conectivo cartilaginoso y epitelial &. Y no solamente pueden estar en continuidad las células de un mismo tegido entre sí, sino que pueden hallarse en conexión las células de un tegido con las de otro» (p 47, 48).

Por último, si el protoplasma del cuerpo es primitivamente

un syncytium, y el ovum hasta llegar á la madurez es una parte de este syncytium, la separación de los productos generadores no difiere esencialmente de la gemmación interna de un Protozoa, y la herencia por medio del retoño, de particularidades que aparecieron primero en los padres, aunque no se explica se hace menos misteriosa, porque si el protoplasma de todo el cuerpo es continuo, y cambia la constitución molecular de alguna parte de él, se puede esperar naturalmente que en un tiempo se puede estender por toda la masa» (p. 49).

Mr. Sedywick confirma estas conclusiones en investigaciones ulteriores. En unos párrafos de una carta fechada en 27 de Diciembre de 1892, y que me autoriza para publicar me dice:

«Todos los estudios embriológicos que he efectuado y á los que Vd. se refiere, me confirman más en la evidencia de que las conexiones entre las células de adultos, no son secundarias sino primarias, proviniendo del tiempo cuando el embrión era una estructura unicelular..... Mis propias observaciones se han limitado á los Arthropoda, Elasmobranchii y Aves. He examinado concienzudamente el desenvolvimiento por lo menos de una clase de cada uno de estos grupos; y jamás he podido descubrir un grado en el cual las células no estuviesen en continuidad entre sí, y eso que he estudiado innumerables grados de desenvolvimiento desde el principio del clivage ó segmentación, en adelante.»

Por lo tanto no existe la supuesta independencía de las células reproductivas. El «soma» (para usar el nombre que Weismann da al gregado de células que forma el cuerpo) es en la frase de Sedgwick «una masa continua de protoplasma vactuolado» y las células reproductivas no son más que porciones separadas del protoplasma un poco de tiempo antes de que comiencen á ejercer sus funciones.

Así es que la teoría de Weismann es rechazada por doble motivo. Por inducción hemos demostrado que existe una comunicación de caracteres de las células somáticas á las reproductivas, cuando él afirma lo contrario; y por deducción hemos demostrado que esta comunicación es una consecuencia natural de conexiones entre las dos clases; lo que él ignora. Por consiguiente sus varias conclusiones se deducen de un postulado falso.

Las nueve décimas partes de los lectores, al juzgar por el título de este trabajo y por varios de los hechos que en él se con-

signan, creerán que va dirigido contra las opiniones de Mr. Darwin: pero quedarán admirados si afirmamos que precisamente está escrito contra las opiniones de los que disienten en gran modo de sus teorías. Por que la herencia de caracteres adquiridos que ahora está de moda negar en el mundo biológico, era admitida completamente por Mr. Darwin, y hasta con insistencia en varias ocasiones. Los argumentos aducidos respecto á las miras de Darwin sólo implican que la causa de la evolución que al principio la consideró sin importancia, pero que se la concedía cada vez más según iban pasando los años, es más importante de lo que él admitía en sus últimos días. Los neo-Darwinistas, sin embargo, rechazan en absoluto esta causa.

No se crea por esto que esta explicación supone que nosotros desaprobamos la conducta de los que disienten, en tanto que sostienen opiniones contrarias. Teniendo en cuenta la poca importancia que he concedido siempre á la autoridad, sería absurdo en mí reprochar de ningún modo á los que han rechazado algunas de las enseñanzas de Mr. Darwin, en virtud de razones que ellos habrán pensado suficientemente. Pero mientras que su independencia de criterio debe ser aplaudida más bien que censurada, estimo que es de sentir que no se hayan librado de un perjuicio por mucho tiempo sostenido. Es un rasgo común de la naturaleza humana buscar alguna excusa cuando está en un error. El amor propio exige una defensa, y cualquiera explicación es buena para salvarle. Así sucedió que cuando los geólogos y biólogos sostenían que toda clase de organismos se habían originado en virtud de creaciones especiales, y luego tuvieron que rendirse á la evidencia de los hechos mostrados en *El Origen de las Especies*; ellos trataron de aminorar su falta de razón apoyándose en el error sostenido por la doctrina contraria. «Bien, dicen, de cualquier modo que sea, Lamarck estaba equivocado.» «Es claro por consiguiente que nosotros teníamos razón al rechazar su doctrina.»

Y así dando gran importancia al hecho de que Lamarck desestimó la «Selección natural,» como la causa principal, y mostrando cuan erróneas eran algunas de sus interpretaciones, ellos consiguieron aminorar el sentido de su propio error. Es verdad que la doctrina que ellos defendían era que en los períodos sucesivos de la historia de la tierra, habían desaparecido las antiguas Floras y Faunas, siendo sustituidas por otras; del mismo modo

que las cartas cuando son arrojadas de la mesa y sustituidas por otras barajas; para usar una frase del Profesor Huxley. Y es verdad que mientras Lamarck deshechó este absurdo credo, interpretó los hechos fundado en otras razones algunas de las cuales eran absurdas también. Pero á consecuencia de este modo de pensar, se olvidó la creencia que admitía defensa y sólo se recuerdan las que carecen de ella. Este modo de considerar la cuestión desde un punto de vista solo, ha llegado á ser tradicional; así es que ahora con frecuencia se muestra un soberano menosprecio para los que suponen que puede haber alguna verdad en las conclusiones de un hombre cuyas concepciones generales eran en parte razonables, en un tiempo en que las concepciones generales de sus contemporáneos eran completamente absurdas. De aquí procede la injusticia, y de aquí resultan las diferencias cuando nos ocupamos de las opiniones de Lamarck y de Weismann.

¿Dónde están los hechos que prueban la herencia de los caracteres adquiridos? preguntan los que la niegan. Ahora bien, en primer lugar se debería preguntar la proposición contraria: ¿Dónde están los hechos que la destruyen? Seguramente, si no sólo las estructuras generales de los organismos, sino también muchas de las modificaciones que en ellos se producen son heredables; la consecuencia natural es que todas las modificaciones se heredan, y si alguno sostiene que la facultad de heredar se limita á las modificaciones que se presentan en cierto sentido, su misión su «onus» descansa en probar cuáles son esas otras modificaciones que se producen y que no son heredables. Dejando á un lado esta contraposición, será suficiente presentar otra. Se afirma que el decrecimiento de los órganos á consecuencia de la falta de uso es debido á la sucesiva supervivencia en la posteridad del individuo en los cuales los órganos han variado en la dirección del decrecimiento. ¿Donde están los hechos que apoyan esta aserción? Ninguno ha sido ni puede ser señalado. No se puede citar un sólo caso en el que se pruebe que la «Panmixia» es una causa de disminución. Y aunque fuera válido el argumento deductivo que se quería asignar á la «panmixia», y ya hemos visto que carece de fundamento; todavía necesitaríamos, siguiendo el método científico alguna evidencia inductiva que lo justificase. A pesar de esto, aunque no hay el más ligero indicio de esta evidencia, la doctrina se acepta con aclamación, y se adopta como una parte

corriente de las teorías biológicas. Se han escrito artículos y publicado cartas, en las cuales se supone que esta simple especulación que no se halla justificada por prueba alguna, sustituye á grandes conclusiones previamente obtenidas. Y todavía pasando á otra esfera distinta de la ciencia biológica, esta creencia sin fundamento afecta demasiado á la opinión; así es que con fecha muy reciente un orador, «Right Honorable» tomando esta doctrina como bien probada, representa á la herencia de caracteres adquiridos como una hipótesis desacreditada, y después procede á pasar revista á otros asuntos.

Por último aquí tenemos la réplica de que existen «hechos» que prueban la herencia de caracteres adquiridos. Todos los aducidos por Mr. Darwin, así como otros del mismo género permanecen sin contestar, mientras encontramos que la interpretación por medio de la «panmixia» es insostenible. Verdaderamente, aunque la hipótesis fuera defendible, no se podría aplicar á esos casos; puesto que en los animales domésticos, artificialmente alimentados y á veces cebados, no entra para nada en cuenta la supuesta ventaja obtenida por la economía de la nutrición; y puesto que en estos casos los individuos no son elegidos naturalmente durante la lucha por la existencia para la que ciertos rasgos son ventajosos, sino que los elige el hombre sin tener en cuenta esos rasgos. Aunque se contestara que los hechos asignados no son numerosos, se puede replicar que no ha habido personas á quienes sus ocupaciones ó entretenimientos, les hayan llevado á encontrar incidentalmente tales hechos, y que probablemente son tan numerosos como los que hubieran sido ventajosos para la hipótesis de Mr. Darwin, si no hubiera habido ganaderos, aficionados y jardineros quienes buscando su provecho y satisfacción, le proporcionaron evidencia suficiente. Se puede añadir que los hechos requeridos no son tan numerosos porque los biólogos rehusan buscarlos.

Veamos ahora el estado en que nos encontramos. La Selección natural ó la supervivencia del más apto, opera casi exclusivamente sobre el reino vegetal y sobre el reino animal más inferior, caracterizado por su pasividad relativa. Pero cuando se asciende á los tipos más altos del reino animal, los efectos en grados cada vez más crecientes se aunan con los producidos en virtud de la herencia de caracteres adquiridos; hasta que por último

en los animales de estructuras complejas, la herencia de los caracteres adquiridos llega á ser una importante, sino la principal causa de la evolución. Hemos visto que la selección natural no puede producir más cambios en los organismos excepto aquellos que conducen en grado considerable, directa ó indirectamente á la multiplicación de la estirpe; y de aquí viene la falta de éxito para explicar varios cambios por medio de la selección natural. Y hemos visto que esta causa no da explicación de la co-adaptación de las partes cooperativas, aun cuando la cooperación sea relativamente simple, y todavía menos si ésta es compleja.

Por otro lado, vemos que si con la trasmisión de las estructuras genéricas y específicas, existen tendencias á ser transmitidas modificaciones que se presentan en una dirección, hay una gran probabilidad á priori de que existe una tendencia á transmitirse las modificaciones que se producen en todas direcciones. Poseemos un número de hechos que confirman esta inferencia y muestran que se heredan los caracteres adquiridos hechos que son tan numerosos como se podía esperar, considerando la dificultad de observarlos en ausencia de investigaciones convenientes. Y á estos hechos se pueden añadir los que indicamos en este trabajo respecto á la discriminación táctil.

Mientras vemos que estos son inexplicables por la supervivencia del más apto encontramos que son fácilmente explicables como resultado de la herencia de caracteres adquiridos. Y aquí podemos añadir que esta conclusión se halla perfectamente garantizada por uno de los métodos de la lógica inductiva, conocido, por el método de variaciones concomitantes. Por entre la serie total de gradaciones en el poder perceptivo, vemos que la suma del efecto, es proporcional á la suma de la causa aducida.

(Contemporary Review).

GASTON ALONSO CUADRADO.

Antología de poetas hispano-americanos

PUBLICADA POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1)

Persistiendo la docta Corporación en el propósito de coleccionar las selectas composiciones poéticas de la América latina, ha reunido en este segundo volumen las de Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico y Venezuela; ilustrándolas con una introducción debida á la pluma del eminente crítico Dr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Todo lo contenido en el tomo, ofrece particular interés para los que habitan en este lado del Atlántico; más hoy por hoy, examinaremos única y sumariamente lo que se refiere á la gran Antilla, y á las apreciaciones del ántes aludido académico.

Reproduce éste en el actual estudio, gran parte de lo que manifestó acerca del Parnaso cubano en la última edición de su «Horacio en España»; pero lo realiza con las modificaciones que consigo trae un conocimiento más completo del asunto, y con la mayor amplitud de detalles que impone el tratar ahora como tesis principal, lo que ocho años ha tenía el carácter de mero episodio. (2)

[1] Madrid, sucesores de Rivadeneyra, 1893. — Un tomo en 4.º, con LX páginas de introducción y 631 de texto; de las cuales ocupan dos quintas partes las poesías cubanas.

[2] En el número del 16 de Diciembre de 1885 del periódico habanero *El Día*, salió á luz un excelente artículo de D. José de Armas y Cárdenas, con el epígrafe «Menéndez y Pelayo y los Poetas cubanos.»

I

Raya casi en imposible discurrir con acierto sobre la poesía lírica impregnada á fuer de subjetiva en los sentimientos más íntimos, sin conocer de antemano, siquiera sea en sus característicos rasgos, las condiciones sociales y políticas del país donde aquella se cultiva.

Tan es así, que á pesar de estimar el Sr. Menéndez vidriosa y resbaladiza esta clase de disquisiciones, que tan trabajosamente encajan «en estudios destinados á ser obra de concordia y paz,» ha creído imprescindible decir al comienzo de su Introducción «que «el espíritu general de los literatos y de los hombres de ciencia en «Cuba, ha solido ser sistemáticamente hostil á España; aunque la «Isla en poco más de diez y seis lustros, ha producido á la sombra «de la bandera de la Madre Patria, una literatura igual cuando «ménos á la de cualquiera de los grandes Estados Americanos in- «dependientes, y una cultura científica y filosófica que todavía en «muchos de ellos no ha amanecido.»

El hecho de emitirse tales asertos en forma escueta, sin comprobación, y á nombre de un cuerpo tan respetable como la Real Academia Española, nos obliga á rectificarlos, si bien de un modo rápido y conciso.

Proclámase á guisa de inconcuso axioma, que los antillanos de más clara inteligencia se han mostrado siempre desafectos á la Metrópoli, al paso que ésta les ha dado en sólo ochenta años, una civilización superior á la de los Virreinos que troncharon prematuramente el cordón umbilical que con aquella los unía. A ser esto verdad sin otras premisas, merecerían los cubanos la calificación de mónstruos de ingratitud, ó de imbéciles é idiotas. Pero ninguno de los extremos del dilema les alcanza ni les cuadra.

El Sr. Menéndez ha bebido por desgracia sus noticias, en fuentes emponzoñadas por la cólera; y de aquí sus errores históricos tocante á este pedazo de tierra insular. Porque ¿ha existido jamás un efecto sin causas que lo determinen? ¿No han sido las de la moderna historia de Cuba, análogas á las expuestas con re-

lación al Perú, por los ilustres é integérrimos patriotas españoles D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa y muy semejantes también á las que puso en conocimiento del gobierno de España D. Pedro de Urquinaona, comisionado en 1811 para averiguar las causas de la rebelión de Venezuela?

¿Cómo explicar de otra suerte, que desde 1823 á 1871, según lo recuerda el mismo Sr. Menéndez, muriese Heredia proscripto, naufragara la razón de Milanés, autor de la Epístola al vate del Anahuac, pereciera Plácido en un patíbulo, y fuese Zenea fusilado en los fosos del Castillo de la Cabaña? ¿A qué atribuir, no que los hombres ilustrados de Cuba, sino que casi la mayoría de los nacidos en su suelo sacrificaran sus bienes, sus familias y la vida, para sostener una guerra de diez años en que, según la proclama del General Jovellar á raíz del pacto del Zanjón, sucumbieron doscientos mil soldados y se gastaron setecientos millones de pesos? El Sr. Menéndez no podrá ménos de confesar que tamañas convulsiones, léjos de emanar de infundados ó frívolos pretextos, tuvieron por origen una dilatada serie de profundos agravios é injusticias, que la Madre Patria se ha esforzado en estos últimos tiempos por atenuar y suprimir.

En cuanto á la *cultura cubana*, producto ha sido de múltiples factores. Recibió su inicial impulso en 1762 con el sitio y toma de la Habana por los ingleses; quienes al romper con el comercio libre el férreo muro que por trescientos años la había mantenido segregada del resto del universo, abrieron á las aptitudes latentes del intelecto indígena nuevos horizontes, despertando á la vez en España un ardiente deseo de promover el material progreso de esta olvidada colonia.—La segunda grave dificultad para los adelantos de Cuba, consistía en su escasa población; pero comenzó este inconveniente á disminuir, desde fines del siglo XVIII hasta la conclusión del primer tercio del XIX, con la sucesiva inmigración de los que abandonaron á Santo Domingo, la Florida y el inmenso territorio comprendido entre California y el Plata.—Ejercieron además decisiva influencia en la cultura intelectual de Cuba, los innumerables jóvenes que pasaron á educarse en Norte América, de donde volvieron para sobresalir en el periodismo, y en muchas disciplinas científicas y literarias. En resúmen: al frecuente contacto con los extranjeros y en particular con la gran República vecina, debe Cuba en mucha parte el grado de ilustra-

ción que ha conseguido; y el Sr. Menéndez reconoce por modo implícito esta verdad, al exponer (página III) «que sería temeridad atribuir tales progresos, al lazo político que sigue uniendo á «Cuba con su metrópoli europea.»—*Sed de hoc satis.*

II

Con sumo placer salimos del terreno político erizado de abrojos, para entrar en el ameno de la literatura; donde campea con soberana competencia el predilecto discípulo de D. Juan Valera.

Su vasto saber, al valorar el mérito de nuestros poetas, le ha inspirado juicios llenos de templanza é imparcialidad con los cuales estamos conformes, salvo las discrepancias que más abajo se indican.

Brillan para nuestro crítico en la cumbre del Parnaso cubano, Heredia, la Avellaneda, Luaces, Plácido, Milanés, Zenea y Rafael María de Mendive.

Dice de Heredia, que es el vate americano más conocido en Europa, y el que ha obtenido allí calurosos elogios de la crítica desde Lista y Cánovas, hasta Villemain y Ampère. Añade, que la indiscutible originalidad de Heredia resalta de un modo vigoroso en sus dos composiciones *El Niágara* y *El Teocalí de Cholula*; que la opinión general pone sobre todas la primera, si bien él prefiere la segunda; y para terminar hace un delicadísimo y penetrante análisis de las bellezas de aquellos dos soberbios cantos.

Con alto criterio juzga enseguida á D^a Gertrúdis Gomez de Avellaneda. Enaltece sus poesías líricas, porque en lo elocuente fervoroso y sincero de la expresión apasionada, no ceden á las de Alfredo de Musset, ni á las de Espronceda. La ensalza también, por el robusto estilo trágico de Alfonso Munio, y por la sublime concepción del drama *Baltasar*. El entusiasmo del Sr. Menéndez por la sin par poetisa camagüeyana sube á tal punto, que en su concepto arrebatada á Heredia el cetro de la lírica en nuestro Parnaso (p. XIV), aunque algunos renglones más adelante, después de consignar que este último fué á veces gran pecador contra la pureza de la lengua y del buen gusto, dice que en algunos de sus versos *hay algo de perenne é inmortal*, y deplora que aún no se

haya escrito su verdadera biografía sirviéndola de cortejo sus numerosas é interesantes cartas.

En pos de Heredia y la Avellaneda coloca el Sr. Menéndez como superior á los demás poetas cubanos, á D. Joaquín Lorenzo Luáces, lírico de gran pujanza de fantasía, con una entonación semejante á la de Tassara, y con tanto amor por la rotundidad de los giros poéticos, que solía incurrir en lo declamatorio y enfático. Entiende así mismo nuestro crítico y quizá con razón, que Polonia, Grecia é Irlanda, temas de varias de sus inspiraciones, eran símbolos de la cubana protesta, y ténue embozo para sus continuas excitaciones á la guerra.

En cuanto á José Jacinto Milanés, el Delegado de la Española comparte su vida en dos contrapuestos períodos. Alábalo en el primero, por la espontaneidad, frescura y fluidez de que hace gala en *La madrugada*, en *La fuga de la tórtola*, y en algunas otras composiciones; mientras en el segundo lo tilda de romántico callejero, con pensamientos vulgares y formas no como quiera desaliñadas sino á menudo chabacanas y soeces. Excesivas y acerbas consideramos estas censuras; cuya dureza ha procurado suavizar su autor, con el aditamento de que el nombre de Milanés no caerá en el olvido, merced á cinco ó seis de sus poesías líricas; pues el drama del *Conde de Alarcos* no pasa de ser un ensayo escénico muy endeble.

En su dictámen, valen poco las composiciones políticas de Juan Clemente Zenea, excepto la titulada *En días de esclavitud*. Estima que el conjunto de su obra poética, no es un modelo de corrección ni de tersura; pero declara magistral el romance *Fidelia*; y que sus pocos versos elegiacos, fuera de no consentir rivales en la literatura cubana, van derechos al alma, y parecen en más de una ocasión dictados por la virginal y melancólica musa que inspiró á Lamartine. Afirmada esta verdad asaltan nuestra memoria los nombres de varios poetas que viven y siempre vivirán, por sólo haber escrito con letras de oro una estrofa.

En esta galería de prestigiosos bustos poéticos, destácase el de Rafael María de Mendive por la sóbria destreza con que está modelado. Era, según el Sr. Menéndez, ménos monótono y más correcto que Zenea, aunque inferior á él en intensidad de sentimiento; ménos pomposo y declamatorio que Luáces, aunque también de estro ménos viril é imaginación menos ardiente; y por

añadidura el más elegante y delicado de cuantos han hecho versos en Cuba en estos últimos tiempos. Más como nuestro académico no se ocupa por sistema en los escritores *vivos*, entenderse debe, que esta final alabanza al traductor de las melodías irlandesas de Moore, sólo le alcanza respecto de los poetas que han pagado ya tributo á la muerte.

Por exacto tenemos el juicio referente á *Plácido*, ó sea, á Gabriel de la Concepción Valdés. Escasa fué su instrucción; más disentimos de nuestro crítico en lo de negarle verdadero génio. Góngora no hubiera desdeñado contar entre los suyos el romance *Xicotencal*; y lo que vale más aún para el bardo matancero, el soneto *Fatalidad* y su magnífica cristiana *Plegaria*, le confirieron el derecho de exclamar con legítimo orgullo: *non omnis moriar* (1).

Pone fin el Sr. Menéndez á la Antología poético cubana, con lacónicas observaciones acerca de Vélez Herrera, Palma, Tolón, Orgaz y alguno más de los vates menores; pero encima del enjambre de versificadores que en esta Antilla pululan, deja caer con dantesco desdén el fatídico *guarda e passa*.

III

Al incluir nuestro académico al consumado humanista y bibliógrafo D. Domingo del Monte, en el número de los poetas *venezolanos*, y al aseverar con resuelto tono que si la Avellaneda es cubana por su origen "*pertenece enteramente á Europa por su educación y desarrollo*," suscita el problema de la *patria geográfica*, cuya solución lejos de ser una absoluta, varía al compás de circunstancias especiales, que encuentran cabal aplicación en los dos casos antedichos.

Muy cierto que del Monte nació en Maracaibo en 1804; pero como llegó á la Habana en 1810 despues de haber pasado con sus padres por Santo Domingo y Santiago de Cuba, resulta que des-

[1] Advierte el Sr. Menéndez, «que reina todavía gran obscuridad sobre la conspiración en que se dice tomó parte *Plácido*; que autores muy graves, muy españoles y muy informados de las cosas de la Isla sostienen que hubo en aquel proceso espantosas iniquidades jurídicas; y que no falta quien niegue hasta la existencia de semejante conspiración. Lo cierto es que *Plácido* murió protestando de su inocencia.» (Pág. XXXIX).

de *la infantil* edad de seis años, se amamantó con los sentimientos y costumbres cubanas. Hubo más: en 1816 entró de estudiante en nuestra Universidad junto con Heredia y con el que más tarde fué eminente abogado D. José Antonio Cintra; y asistió en 1820, en calidad de discípulo, á las lecciones de Derecho Constitucional, cuya cátedra desempeñaba á la sazón el Presbítero D. Félix Varela. (1)

Para complemento probatorio de que del Monte adoptó con sello irrevocable una patria distinta de la *geográfica*, jamás volvió á Venezuela, se casó con una cubana, cubanos fueron sus hijos, y cubanos en fin todos sus ideales, todos sus anhelos públicos, ya se dirigieran á encauzar y promover nuestra naciente literatura, ya se enderezaran á librarnos de la lepra de la esclavitud lo que le acarreó perpétuo ostracismo.

¿Qué más? La primera de las dos composiciones de del Monte insertas en la Antología Venezolana, su «*Epístola á Elicio Cundamarco*,» revela con meridiana claridad, que se consideraba cubano y nada más que cubano. En ella dice que no merecía el título de poeta; que su único canto era el de nuestras costumbres campestres; canto que no le había inspirado el ingenio sino *la patria; la patria que inspirar debiera, á cuanto cisne en sus orillas cria el Almendares nuestro*. (2)

En muy diversa situación se halla la Avellaneda.

Ateniéndonos al relato del Sr. Menéndez, nació en Puerto Príncipe en 1814. Fué su vocación cual la de Heredia, precoz é irresistible. Se embarcó para la Península en 1836 al cumplir *veintidos años*, cuando su corazón estaba formado y su entendimiento robustecido. Provino de estas condiciones éticas é intelectuales, que se encontrara en 1839 (3) en aptitud de publicar su primera colección de poesías líricas, con todo el perfume de las

[1] Los anteriores datos han sido tomados de la obra inédita del Dr. D. Vidal Morales y Morales, *Domingo del Monte y su tiempo*.—Menéndez califica de excelente la *Vida del Pbro. D. Félix Varela*, por José Ignacio Rodríguez.—Nueva York, 1878.

[2] La casa de las tertulias literarias de del Monte radicaba en la Habana, y no en Matanzas, como equivocadamente escribe nuestro académico.

[3] Según mi amigo el Dr. Vidal Morales y Morales, la primera edición de las poesías de la Srta. Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, se hizo en el establecimiento tipográfico de la calle del Sordo número 11, en Madrid, el año 1841, un tomo 8º, 214 páginas, con un prólogo de D. Juan Nicasio Gallego.

flores del Tíñima y los arrebolados colores de la región tropical.

Si luego progresó en la técnica métrica y enriqueció sus conocimientos literarios, verificóse esta doble evolución dentro de los primitivos moldes, que á su edad por otros no podían ya trocarse, bien se tratara «de las efusiones del amor divino ó del amor humano, bien de los desencantos, tormentas y naufragios del alma femenina,» que no están adheridos á ningún sitio especial geográfico.

¡Cuán distinto resulta el caso de Bernardo Valbuena, que pequeño es trasladado de Castilla á Méjico, donde aprende las primeras letras, para cursar luego las enseñanzas universitarias y recorrer todos los grados de la carrera eclesiástica hasta recibir la mitra episcopal de Puerto Rico, sin abandonar durante su vida entera por un solo momento el Nuevo Mundo! Con sobra de razón le ha colocado el Sr. Menéndez entre los grandes vates *americanos*, cual también la tuvo por similitud de circunstancias, para incorporar al insigne mejicano Alarcón en el grupo de los poetas que culminaron en el áureo siglo de la dramática española.

Más ¿para qué insistir en nuevos alegatos, cuando la propia Avellaneda ha resuelto la cuestión? En carta que publicó en la Habana el periódico *El Siglo*, el 5 de Enero de 1868, manifestó que algunos paisanos suyos pretendían excluirla del número de los escritores de Cuba *por no ser ella cubana sino madrileña y por que no la juzgaban cubana de corazón*; á lo que debía contestar que la peregrina teoría de que el poeta no pertenece al país en que nace sino á aquel donde escribe, era un sofisma pueril que siempre había rechazado; y que por otra parte, ella en muchas de sus composiciones *había hecho gala de tener por patria* la de Heredia, Palma, Milanés, Plácido, Zenea, Mendive, Luisa Perez y otros más con cuya fraternidad se había honrado. (1)

IV

Cierra el Sr. Menéndez su gallardo y erudito estudio, con dos observaciones dignas de tomarse en cuenta.

Afirma que la mayoría de los ingenios cubanos se ha con-

[1] El 4 de Febrero de 1883 escribió D. Enrique José Varona en el semanario habanero *La Lucha*, contrayéndose á la Avellaneda, un interesante artículo que principiaba así: «El día 1.º de Febrero de 1873 *jalleció obscuramente en Madrid* una de las mujeres más ilustres de nuestra época, despues de haber llegado en dias no muy remotos de aquel, al apogeo de la gloria.»

vertido en imitadora tan servil de la moderna poesía francesa, que en algunos esta superstición ha tomado visos de fetiquismo.

Es esta una verdad innegable, que deploran y se esfuerzan por extipar todos los hombres de gusto. Añade, «que hoy se notan tan síntomas de un feliz cambio en las ideas literarias de la isla, y que comienzan á aparecer prosistas y críticos doctos de indisputable mérito.»

Pero aun más explícitas y halagadoras nos parecen las siguientes apreciaciones del ilustre académico: «Hemos tenido á la vista para este trabajo, los muy importantes, muy completos y bien digeridos, que ha remitido á la Academia Española la Comisión de Literatos Cubanos nombrada para este fin por el Gobernador General de la Isla en 1891..... (1) No es fácil encaecer debidamente el esmero, el buen gusto, el severo método y el imparcial criterio con que la Comisión cumplió su tarea, la cual se compone de dos partes diversas: *Biblioteca selecta Hispano—cubana de prosistas*; que no ha podido ser utilizada por las razones expuestas en el primer prólogo, pero que queda en la Academia para utilidad de los estudiosos y base de futuros trabajos; y *una Antología de Poetas Cubanos*, con noticias biográficas de cada uno de los ingenios.»

«Nuestra colección estaba formada, y escrito nuestro prólogo, antes de conocer tan rico caudal de materiales; pero afortunadamente nos ha alcanzado el tiempo para aprovecharle, ya en adiciones, ya en rectificaciones. De la Antología hemos excluido á los poetas *vivos*: y si en las composiciones que insertamos de los muertos no coinciden siempre nuestra elección con la de la Junta Literaria de Cuba, algo ha de concederse al gusto individual, sin menoscabo de la altísima estimación que merecen esfuerzos tan meritorios, y que tanto han de contribuir á la buena inteligencia entre los españoles de uno y otro lado de los mares.»

[1] Componían la Comisión los Sres. D. Nicolás Azcárate, D. José María Céspedes, D. José de Armas y Céspedes, D. Saturnino Martínez, D. José E. Triay, D. Rafael Montoro, D. Luciano Pérez de Acevedo, D. Ricardo del Monte, D. Domingo Figarola y Caneda y don Manuel S. Pichardo [Secretario].—Agrega el Sr. Menéndez Pelayo que «la discreta noticia preliminar» del informe manuscrito de la Comisión en que se trata de los orígenes de la poesía cubana antes de Zequeira y Rubalcaba, fué obra del «elegante crítico don Ricardo del Monte.»

No cabe expresarse con mayor galantería. Están pues los vocales de nuestra Comisión de Literatos de cumplida enhorabuena; y nos complacemos en reiterársela con viva efusión. Pero esto no basta.

La opinión pública en Cuba, lamenta que el trabajo manuscrito de la Junta permanezca sepultado por indefinido plazo en el archivo ó biblioteca de la Academia Española; y ruega al Sr. D. Nicolás Azcárate, Presidente que de dicha Comisión ha sido, publique cuanto antes en la REVISTA CUBANA las dos Memorias *íntegras*: y de no ser esto posible, que prefiera para su impresión lo concerniente á los *Prosistas*, por ser lo que se desconoce hasta ahora en absoluto. *Sic vox populi vult; sic jubet.*

JOSE SILVERIO JORRIN.



EL ARTE Y LOS ARTISTAS

L. SERENDAT DE BELZIM

Entre las figuras más simpáticas de los artistas apreciados por el público entendido, hay que mencionar la de D. Luis Serendat de Belzim, hombre de mucho talento y de una amabilidad exquisita.

Nuestro pintor, que tengo el gusto de conocer personalmente y cuyo elogio hago aunque sé que no le gusta la publicidad, ha nacido en la Isla de Francia, país que se ha vuelto clásico por la hermosa novela *Pablo y Virginia*, de Bernardin de Saint Pierre, que después se ha llamado la isla de San Mauricio, que los geógrafos nombran con sobrada razón, la Perla del mar de las Indias, de esa tierra han salido hombres de génio, y hoy mismo hay algunos en Francia muy conocidos, entre ellos el sabio catedrático Brown-Sóquard, á quien la medicina debe inmensos progresos; Tholozan, el amigo íntimo, el brazo derecho del emperador de Persia; Carvalho d' Epinay y Alberto Malhac, muy conocidos por sus obras musicales de escultura y poéticas.

Serendat de Belzim, no ha tenido en su familia á ningún pintor, por consiguiente no ha sido ni la tradición ni las leyes del atavismo las que le han alentado en la carrera. Amante de lo bello, de un carácter amable, y criado en un verdadero Edén, Serendat de Belzim siguió su inspiración y se dedicó al estudio del arte, tomando en sus labores cuanto hallaba de hermoso; empezó

por aprender los elementos del dibujo é hizo tantos progresos que pronto se puso á pintar, dirigido por su compatriota Belahogue, cuyas obras aunque correctas carecen de gallardía; poco tiempo necesitó el alumno para saber cuanto sabía su maestro y no tardó en serle superior. Entonces [1882] abandonó la madre patria y se vino á París; la patria de las artes.

En cuanto llegó á la capital de la República se presentó en el taller de Carolus Buzan, quien hallando las obras del pintor muy hermosas y viendo su disposición, le admitió en el mismo. Con el afán de trabajar ingresó también en la Escuela de Bellas Artes y siguió los cursos de Cabanel. En 1884, se fundó la *Sociedad de los independientes*; y como quiera que su empeño era el de trabajar, sin buscar ningún honor más que su propia satisfacción, entró en la junta de la asociación y se encargó de la tesorería, cargo que aún desempeña.

Sabido es que la admisión en el Salón es lo que ambicionan todos los artistas, persuadidos que tienen verdadero talento sólo después de la apreciación de un jurado que no siempre tiene suficiente libertad para juzgar á los artistas tal y como se lo merecen; de Belzim á pesar de sus ideas liberales, mandó en 1885 un magnífico retrato de mujer al salón, el jurado lo rechazó, y aunque no me es dable el juzgar los fallos del jurado, que no son siempre muy acertados, lo único que diré es que Serendat de Belzim, no se desalentó y al año siguiente, queriendo dar una lección á ese mismo jurado, mandó una obra con el título de *Víctimas del Salón* obra magistral que fué rechazada, no porque fuese mala, al contrario es una obra maestra, sino por el asunto que representaba; el pintor se había atrevido á representar á un joven pintor que acaba de saber que el cuadro que destinaba al salón ha sido rechazado, está en su taller con sus cuadros por acabar, la paleta llena de colores, desesperado y asustado de su talento escaso; herido en el alma por lo que considera como el mayor honor y al mismo tiempo como una injusticia, se ha disparado una bala en la cabeza, ha muerto casi sin dolor; puesto que la escuela no le ha enseñado á dibujar como es debido. ¿Para qué ha de vivir? Está estendido en su taller. El revólver y unas gotas de sangre que se hallan en la alfombra, nos cuentan el terrible drama. Para completar su idea, el Sr. de Belzim representa en el mismo cuadro á una joven; la compañera del artista que acude

para saber el resultado del primer paso, de la gloria futura, y la desgraciada se halla en presencia del cadáver del amigo, del que la víspera tenía mucho entusiasmo y que no es más que un cuerpo sin alma. La pobre amiga está arrodillada ante el cadáver de su compañero, sin atreverse á mirar esa cara pálida; sus manos esconden su rostro, su dolor es terrible. No hay que extrañar que al ver esa obra el jurado la rechazase.

A Serendat de Belzim poco le importaba el jurado; la opinión del público es lo que más le inquietaba. Alquiló una sala en París, y convidó al público y á los críticos; ambos admiraron su obra y nuestro simpático amigo no quiso cobrar el importe de las entradas de su exposición y dió el beneficio á la caja de las escuelas de su distrito. Los críticos, que rara vez están de acuerdo, admiraron y proclamaron el talento de Serendat de Belzim, y dijeron que había que contar con un artista de tanto mérito. En 1887 mandó á la exposición del círculo de los «Mirlitons» un magnífico retrato de la marquesa de C*** y en el mismo año mandó á la exposición de Tunez un cuadro con el título de «Parisiense», que le ha valido una medalla de oro y la cruz del Nicham.

En 1888 mandó al círculo Volney dos cuadros, «Sueños» y el otro «Judith», que fueron muy apreciados; en 1890 vemos en «el Blanco y negro» así como en el mismo círculo Volney, la *Oración matutina*, magnífica obra digna de elogios no sólo por su ejecución, sino por su concepción, dos bellísimos dibujos y el retrato del general Saussier gobernador de París. En 1891, manda á Volney, el retrato de su compatriota Brown-Sequárd, y al círculo de militares el de Tholozan; á los independientes manda el «boto á la madona y Santa Ursula», verdaderas obras maestras.

El éxito de las obras de Serendat de Belzim, aumentó en 1892, con dos retratos, el del Sr. Carvalho y el del doctor Le Juge de Segrais, y una Santa en oración.

Este año, el eminente y simpático artista ha mandado á la exposición de los independientes seis cuadros intitulados: *El nacimiento del amor*; *La Nube*; *Un retrato*; *Ansiedad*; *El Pensador* y *San Hélie*. Aunque los tres primeros sean magníficos y que el retrato esté hecho con maestría, prefiero los dos últimos, que son dos obras maestras: no sólo del arte sino de la ciencia. Están bien ob-

servadas las formas anatómicas, como la expresión de ambos personajes; al mirarlas parece que se admira el San Pablo de Rivera.

El Sr. Serendat de Belzim, que prepara algunas obras tan hermosas como las que ya he mencionado, se propone visitar toda España y estudiar su arte, y no dudo que volverá entusiasmado de las bellezas que encierra la Península.

E. CONTAMINE DE LATOUR.

C. de las Reales Academias Sevillana y Barcelonesa de Buenas letras



GASPAR BETANCOURT CISNEROS (1)

EL LUGAREÑO

APUNTES BIOGRÁFICOS

I

Gaspar Alonso de Betancourt y Cisneros nació en la ciudad de Santa María del Puerto del Príncipe, el 29 de Abril de 1803. Fueron sus padres D. Diego Antonio de Betancourt y Aróstegui, descendiente de D. Gaspar Alonso, hijo de Canarias, y fundador de la estirpe camagüeyana de este apellido; y D^a Loreto de Cisneros y Betancourt, descendiente de las ramas de los Hidalgo y de los Agüero. «Mi padre, apesar de pertenecer á la más elevada clase de la sociedad camagüeyana y de haber nacido mayorazgo, puede decirse, caritativamente hablando, que sabía rezar y leer bien, con alguna soltura y poca ortografía, y contar hasta las cuatro primeras reglas, á Dios gracias. Por esta razón, y por que siendo hacendado pasaba una gran parte de su tiempo en el campo, no pudo dirigir mi educación, si bien recuerdo que visitaba á

(1) Las *apuntes* que van á leerse, más que una biografía de *El Lugareño*, para lo cual no hemos podido consultar los papeles indispensables, son un bosquejo de su vida política, trazado para acompañar al fotograbado con que la REVISTA CUBANA obsequia á sus suscriptores. Estos *apuntes*, en lo que tienen de estricto valor histórico, están tomados de nuestro libro (en preparación) *Los Precursores de la Revolución de Yara*.

mis maestros cuando venía á la ciudad, se informaba de mis adelantos y concluía siempre recomendando que me *echaran fresco*, porque esta era la muletilla de aquellos tiempos en que se decía: *la letra con sangre entra.* «Mi madre tenía el corazón de una espartana. La generosidad de su carácter y su caridad verdaderamente cristiana, no reconocía más límites que los de su poder y facultades y aún á éstas excedía la fuerza de su voluntad. Su entendimiento era claro, capaz de cualquier cultivo: en otro país ó en otra época habría sido una mujer tan distinguida por su talento como por sus virtudes. Sobreponiéndose á las preocupaciones de su tiempo, no necesitó de maestra para aprender á escribir, lo que se estimaba entónces en el Camagüey como pecaminoso para las mugeres, porque pensaban que ese arte les serviría para corresponderse con los hombres. Leía mucho, y tal vez tenía ella más libros que todas las señoras camagüeyanas de su tiempo. Yo le conocí, por lo ménos, la *Gran Biblia Comentada*, el *Año Cristiano*, las obras de Santa Teresa y de San Agustín, las de Cervantes, algunas de Moreto y de Lope de Vega, y no pocas de Historia. Era muy aficionada á ésta y estudiaba y me hacía reparar con frecuencia, tan pronto como supe leer, los *Varones ilustres*, de Plutarco. (1)

Si el Lugareño, por la sangre, procedía de esos isleños de Canarias, principales y prolíficos pobladores de la isla de Cuba; por la educación, despues de los primeros rudimentos, aprendidos en el regazo materno, debió señalada gratitud á aquellos hijos de la vecina isla de Santo Domingo que, al emigrar á nuestra patria, en las postrimerías del Siglo XVIII, dieron grandísimo impulso al desarrollo de la cultura, siendo para algunas comarcas, particularmente para el Camagüey y Oriente, verdaderos civilizadores. Según algunos coetáneos, honda influencia ejerció también en *El Lugareño* otro dominicano, despues célebre en la Historia de su país, el Doctor Nuñez de Cáceres, á la sazón Regente de la Audiencia de Puerto Príncipe. (2)

Era todavía un adolescente cuando su madre, para ponerlo

(1) Cartas autobiográficas, dirigidas al Conde de Pozos Dulces. Reproducidas por J. R. Betancourt en la *Revista de Cuba*, pág. 562, tomo IV.

[2] José R. Betancourt, *Revista de Cuba* tomo citado, pág. 564, cita interesantísima anécdota en que *El Lugareño*, en presencia del Doctor Nuñez de Cáceres, da muestras de singular precocidad y fuerza de retentiva.



á salvo de las consecuencias de una aventura amorosa, lo hizo salir para los Estados Unidos, encaminándolo á Philadelphia, en dónde tuvo que luchar afanosamente por la vida, protegido por un portugués, apellidado Pereira, que llegó á profesarle paternal afecto, sirviendo un acomodo en un escritorio de comercio, al mismo tiempo que recibía lecciones de la lengua inglesa de un natural, Mr. Vertrix. Cuando salió de Puerto Príncipe dominaba el francés y el latin; al año de permanencia en Philadelphia ya dominaba el inglés y se le había «pegado algo del espíritu americano.» Betancourt Cisneros concurría asiduamente en Philadelphia á la tertulia de su deudo Don Bernabé Sanchez, en la que siempre hallaba al argentino José Antonio Miralla y al guayaquileño Vicente Rocafuerte, que andando el tiempo llegaría á ser Presidente de la República del Ecuador; á Don Manuel de Vidaurre, antiguo oidor de la Audiencia de Puerto Príncipe y más adelante Presidente de la Corte Suprema de Justicia de la República del Perú, de donde era natural; y á otros hispano-americanos, todos «insurgentes rojos del color más subido.» Por aquella época y en aquella misma ciudad nació el gran afecto que *El Lugareño* profesó á José Antonio Saco, el cual le dió algunas lecciones de Filosofía por la obra á la sazón publicada por el Pbro. D. Félix Varela. Vidaurre, que «era un erudito en derecho, un completo jurisconsulto español,» dió á Betancourt Cisneros lecciones de Derecho de Gentes, por Vatel, recompensándolo *El Lugareño* con lecciones prácticas de idioma inglés. Miralla, que era un literato, le tomó gran cariño á Betancourt y lo «obligó á aprender gramática castellana de la que era apasionadísimo» aquel argentino cubanizado. A la acción constante y honda de estos amigos, sus mayores en edad y saber, se une la acción de algunas lecturas, señaladamente la de los escritos del economista norte-americano John Paine, elementos todos que constituyen los fundamentos de la ilustración de *El Lugareño* y que señalan el rumbo por que habrá de orientar en lo futuro su fecunda actividad de hombre y de patriota.

«La palabra *godo*, dice, la traía yo en la mollera bosquejada desde Cuba, y se fijó entónces en mi mente con toda su significación.» En aquellas tertulias de Don Bernabé Sanchez, Betancourt «oía, aprendía y callaba;» «el espíritu de la época, que era como el alcohol,» lo embriagó con los nombres de Bolívar,

Sucre, Paez,» y otros guerreros, entónces en la plenitud de su fuerza y de su gloria; en aquellos dias llegaban á Philadelphia algunos camagüeyanos perseguidos por el Gobierno de la Colonia por delito de «constitucionalismo;» y Betancourt, el discípulo de tanto maestro ilustre ó fervoroso ó fanático «echó á un lado la Constitución de 1812, los españoles y los Reyes, y la Aristocracia y el Papa y los frailes,» y «perteneció en cuerpo y alma á la gente insurgente y á la idea de independendencia, que ya tenía en Cuba cultivadores.»

Fué desde entonces un separatista, convencido, resuelto, inquebrantable. Tuvo precursores; y más de una generación recogió su herencia, herencia de esfuerzos, de abnegación, de propaganda; pero entre los primeros ninguno puede disputarle el título del primer representante del sentimiento separatista.

I I

El dia 23 de Octubre de 1823 zarpaba del Puerto de New York la goleta *Midas*, con rumbo á La Guaira, cuyas montañas avistó el dia 13 de Noviembre. Al dia siguiente pisaban tierra venezolana los pasajeros de la *Midas*, y se alojaban en una posada, en la que se hallaba hospedado el General Antonio Valero, natural de la isla de Puerto Rico. Los recién llegados eran todos antiguos tertulianos de las veladas de D. Bernabé Sánchez. La tertulia se convirtió naturalmente en junta de conspiradores contra la dominación de España en Cuba, y el primer pensamiento fué enviar una delegación á Simón Bolívar, solicitando de él que prestase el auxilio de las huestes libertadoras de Colombia para que cooperasen á la obra de la emancipación de Cuba. Componían la delegación José Antonio Miralla, los camagüeyanos Gaspar Betancourt Cisneros, Fructuoso del Castillo, licenciado José Ramón Betancourt, licenciado José Agustín Arango, y el trinitario José Aniceto Iznaga. El General Valero, que había servido bajo las banderas de la revolución de México, pero que envainó la espada por no defender el trono de Iturbide, había ido á ofrecer su brazo y su denuedo al Libertador de Colombia, á condición de que éste, consumada su obra en el Continente, atacase inmediatamente á los españoles en las islas de Cuba y Puerto Rico. El

General Santander había ya comunicado á Valero la resolución del Gobierno de Colombia aceptando sus servicios, expresándole su pesar de no poder comunicarle ningún acuerdo favorable á su proyecto de llevar la guerra á las Antillas, por hallarse el Ejército de Colombia, su ilustre caudillo y su Erario, gravemente empeñados en la campaña del Perú. Valero, que á seguida intimó con la Comisión, la hizo partícipe de las comunicaciones á que hemos aludido, invitándola á que siguiese en su compañía hasta Bogotá, donde debía avistarse con el General Santander, Vice-Presidente de la República. Aceptada la invitación se trasladaron á Caracas, donde fueron acogidos con júbilo por el Dr. Francisco Javier Yanez, hijo del Camagüey, uno de los Patriarcas de la independencia de Venezuela, y en aquella fecha Presidente de la Corte Suprema de Justicia de la República de Colombia. Pero el Doctor Yanez y otras personalidades prominentes en la administración del país, ratificaron á la Comisión lo que el General Santander había expresado en sus comunicaciones al General Valero. Entonces la Comisión acordó enviar un delegado que impusiese á los conspiradores residentes en Cuba y en los Estados Unidos de las dificultades inmediatas que obligaban á aplazar la realización del proyecto. El licenciado José Agustín Arango, no obstante estar perseguido por el Gobierno de la isla, aceptó y llevó á término el acuerdo: partió de Caracas, arribó á Santiago de Cuba, atravesó el interior de la isla, pasó por Puerto Príncipe, llegó á Trinidad, y de aquí partió para los Estados Unidos. Betancourt Cisneros y José Aniceto Iznaga se trasladaron por mar á Puerto Cabello, reuniéndose á Valero y sus otros compañeros en aquella ciudad, cuando apenas hacía dos semanas que el General Páez la había tomado por asalto. Reunidos todos á bordo de la goleta de guerra *Rayo*, después de algunas dilaciones, desembarcaron en Maracaibo el 14 de Diciembre, desde donde debían emprender marcha á Bogotá, haciendo el viage en caballerías ó en canoas.

El día 18 de Diciembre partieron de Maracaibo, y el día 19 de Enero de 1824 llegaron á Bogotá, después de un viaje lleno de peripecias. Santander y el Ministro Gual ratificaron á la Comisión lo que aquel había dicho á Valero, resolviendo entonces los delegados que José Antonio Miralla permaneciese en Bogotá como agente cerca del Gobierno de Colombia; Fructuoso del Castillo

optó por sentar plaza en el Ejército, en el que fué admitido en clase de alférez; y Betancourt Cisneros é Iznaga, partiendo de Bogotá el día 16 de Febrero, llegaron á Cartagena el día 2 de Marzo. El día 11, en la fragata de guerra *Venezuela*, mandada por el célebre marino inglés Chitty, salieron de Cartagena, llegando á Kingston, Jamaica, el día 24. El 26 de Mayo estaban de regreso en New-York Iznaga y Betancourt Cisneros, en donde hallaron al licenciado Arango, de vuelta de su misión á la isla de Cuba. Reunidos de nuevo en Junta de conspiradores, se acordó que Arango siguiese al Perú y se pusiese al habla con el General Bolívar, dándole todos los pormenores necesarios para realizar el plan de invasión de la isla. Arango se embarcó en Philadelphia con rumbo á Colombia, llegó al mismo tiempo que el General Valero, al frente de tropas auxiliares, salía para el Perú. Valero, vivamente interesado en el proyecto, tomó á Arango en calidad de secretario privado; juntos llegaron á Lima, donde Arango se presentó al Libertador, que oyó sus informes con interés vivísimo. Bolívar respondió á las instancias de Valero y Arango lo mismo que respondiera en Bogotá el General Santander, añadiendo el Libertador que él había resuelto, hacía tiempo, terminar su obra echando á los españoles de sus posesiones de las Antillas, y que solemnemente lo había prometido así al Coronel José Rafael Heras, hijo de Cuba, que luchó bizarramente en Carabobo y que cayó peleando en el hatu Juana de Avila.

José Aniceto Iznaga, impaciente, cifrando en Bolívar toda su esperanza, volvió á Colombia á principios de Noviembre; pasó de Cartagena á Chagres en la goleta de guerra *Atrevida*, mandada por el trinitario Tomás de Villanueva, comandante de fragata en la armada de Colombia, embarcándose en Panamá el 17 de Abril y llegando á Chorrillos el 19 de Mayo. El día 22 se avistaron en Chorrillos Iznaga y Arango, y el 24 pasaron al pueblo de Bellavista, en donde se había establecido la línea sitiadora de los castillos del Callao, bajo la dirección inmediata del General Valero. Arango desempeñaba cerca de Valero el cargo de auditor de guerra interino, y Bolívar le ofreció interponer su ascendiente para que se le nombrase Secretario de la legación del Perú que debía concurrir á la Gran Dieta Americana de Panamá, ofrecimiento que cumplió con éxito completo. Uno de los representantes del Perú en la Asamblea de Panamá fué el doctor Manuel de Vidau-

re, el antiguo oidor de la Audiencia de Puerto Príncipe; la legación de Colombia en aquella Asamblea, compuesta del General Briceño Mendez y del Coronel Gual, tenía por Secretario privado otro camagüeyano, al antiguo comisionado de la tertulia de Philadelphia, Fructuoso del Castillo. José Aniceto Iznaga, confiado en que de aquella Gran Dieta había de surgir el pacto pan-americano para llevar á cabo la emancipación de Cuba y Puerto Rico, admirador fervoroso del genio de Bolívar, que acababa de deslumbrar á muchos de sus amigos por el éxito de su campaña en el Perú, que algunos pronosticaron que sería para el Libertador lo que para Napoleón la temeraria guerra con Rusia,—se apresuró á dirigirse á Panamá para ser testigo mediato de las sesiones del Congreso.

Las esperanzas de Iznaga cobraron más vuelo porque, hallándose en Panamá, Valero, de regreso del sitio victorioso del Callao, al frente de una división, recogió en la ciudad del istmo el Batallón Girardot, marchando hacia Cartagena, donde debía ser reforzado con tropas de la guarnición de aquella plaza para seguir, según los rumores propalados, á llevar la guerra á las Antillas españolas.—Reunidos los delegados de Colombia, el Perú, Centro América y México, se constituyeron en Congreso el 22 de Junio de 1826: celebraron en Panamá diez «conferencias verbales,» trasladándose luego á la villa de Tacubaya, distante una legua de la ciudad de México. Unánime fué la resolución, sugerida por insinuaciones de Bolívar, de reunir tropas y buques de guerra para organizar la expedición libertadora de las Antillas; México y Colombia, como naciones las más directamente interesadas en el porvenir de Cuba y Puerto Rico, tomaron á pechos el acuerdo de la Gran Dieta; pero bien pronto el acuerdo no fué más que un ardid diplomático para poner término á la guerra con España y obligar á ésta al reconocimiento de la independencia de las naciones recién constituidas. El Perú que «fué para Bolívar y su ejército lo que Capua para Aníbal y sus tropas;» el movimiento separatista cada vez más enérgico y decidido en las sociedades que resistían á la amalgama del unitarismo; los celos y preocupaciones que provocara la gloria y la ambición del Libertador; los pronunciamientos que empezaron á sucederse apenas se arrió la bandera de España en las fortalezas del Callao; y las instrucciones categóricas que el Gobierno de Washington dió á los comisionados que

debían representarlo en la Gran Dieta, instrucciones opuestas de todo en todo á los planes de Bolívar,—fueron las concausas que dieron en tierra con el patriótico anhelo de Valero y los tertulianos de Philadelphia.

Iznaga salió para Jamaica antes de que concluyesen las sesiones del Congreso: hallándose en la isla inglesa supo el desastre de las esperanzas tan largo tiempo alimentadas. Partió de Panamá dejando en su lugar á su hermano Antonio Abad que, de acuerdo con Betancourt Cisneros y otros emigrados de los Estados Unidos, había pasado por México, en donde los refugiados cubanos se habían organizado en Junta Revolucionaria, y gestionaban el apoyo del Gobierno de esta República. Hallábanse en México, entre otros señalados enemigos del dominio de España, el Coronel José Lemus, jefe de la malograda conspiración *Soles de Bolívar*, que debió estallar en la Habana el 17 de Agosto de 1823, proclamando la República de Cubanacán. El proyecto que Antonio Abad Iznaga estaba encargado de propagar, quedó en suspenso, en espera del resultado de las sesiones del Congreso de Panamá. José Aniceto Iznaga permaneció algunos meses en Jamaica: hallándose en esta isla, regresaron de Cuba el camagüeyano Doctor Alonso Betancourt y el Coronel Salas, peruano, después de arriesgada é inútil tentativa por encender la guerra en la isla. Nuevos perseguidos vinieron á engrosar aquel grupo de conspiradores empedernidos, y reunidos en Kingston, siempre de acuerdo con los emigrados de México y los Estados Unidos, resolvieron renovar la intentona malograda de Betancourt y Salas, de la que dá una idea bien sucinta Pedro J. Guiteras en el tomo II de su *Historia de la isla de Cuba*. Esta vez se acordó organizar una expedición invasora en Cartagena, contando para ello con los auxilios del General Carreño, comandante general del istmo; de los generales Montilla y Padilla, el primero comandante militar y el segundo comandante de marina de la provincia de Cartagena; del general Briceño Mendez, y con el personal concurso de muchos oficiales subalternos del Ejército y la Marina de Colombia. José Aniceto Iznaga partió para Cartagena y el Coronel Salas para New-York. Iznaga, el peregrino infatigable, llegó á La Guaira á principios de Enero de 1827; hizo el viage en la fragata *Cundinamarca*, de 64 cañones, mandada por el Coronel Joy, que conducía tropas, dinero y municiones, para auxiliar á Bo-

lívar contra los disidentes de Venezuela, acaudillados por el General José A. Paez. Por recomendación del general Briceño Mendez, Revenga, Secretario de Bolívar, que se hallaba en Caracas, allanó el camino para que el Libertador recibiese en audiencia privada á José Aniceto Iznaga. La entrevista tuvo lugar en Caracas y duró una hora, oyendo Bolívar los informes de Iznaga con melancólico interés. «Observó (Bolívar) que el estado de los negocios de Colombia, tanto en lo que hacía á su tranquilidad como en lo tocante á economía en los gastos, aparte de otras razones, hacían imperiosa la necesidad de acometer la invasión.» «Libres Cuba y Puerto Rico, agregó el Libertador, Colombia no tendría que temer de las armas españolas, estaría tranquila y reduciría considerablemente sus gastos.....» Y con vehemencia concluyó diciendo:

—«Si los cubanos proclamasen su independencia, presentando siquiera un simulacro de gobierno y pidiesen entónces auxilio al Gobierno de Colombia, entónces ni el Gobierno de Inglaterra ni el Gobierno de los Estados Unidos se opondrían, ni aunque se opusieran Colombia se detendría.»

Regresó Iznaga á Cartagena, donde ya le esperaba el Coronel Salas. Los emigrados de los Estados Unidos rehusaban tomar parte en cualquier plan que no estuviese prohijado directa y eficazmente por el Gobierno de Colombia. Otros emigrados, por lo contrario, creían más provechoso prescindir del presunto apoyo de Colombia y solicitar con ahinco el del Gobierno de México, y entre estos, dando al consejo el legítimo prestigio de su alto renombre, era el primero el Presbítero Félix Varela. Añadía el ilustre sacerdote que el auxilio, para que fuese aceptado, debía consistir «en una fuerza numerosa compuesta en su mayor parte de personas blancas.» La gestión ante los poderes de la República de México no obtuvo mejor resultado, pero Iznaga, después de meditar la opinión del Padre Varela, disolvió la junta organizada en Jamaica, concluyendo así la obra iniciada en la tertulia de Philadelphia, y que se enlaza con la conspiración de los *Soles de Bolívar*, el *Aguila Negra* y la *Junta Patriótica*, establecida en México. (1)

[1] Apuntes redactados por D. Jose Aniceto Iznaga, en París, en 1851. [Inéditos]. Cartas autobiográficas de Gaspar Betancourt Cisneros, redactadas en Florencia en 1858, y dirigidas al Conde de Pozos Dulces. [Inéditas].

III

Con el fracaso de estos empeños (año 1827) declina la labor en pró de la emancipación de la isla de Cuba; los conspiradores se dispersan; otros elementos, los precursores del autonomismo, por sí ó por sus herederos, los que dan tono y carácter á los movimientos de 1810 y de 1822, épocas en que es tan intensa como vibrante la vida política, vuelven á gobernar la opinión, hasta que su labor se desploma con estrépito en el memorable año de 1837. Al gobierno maquiavélico del astuto Vives suceden los bajalatos ominosos ó sangrientos de Tacón y O'Donnell; la vieja levadura fermenta, se reanima el ideal que parecía muerto y sepultado en la universal postración y aparente ignominia, y al acabar el mando del *tigre de Lucena* ya el separatismo se prepara para reanudar sus antiguos esfuerzos.

Durante este interregno, Gaspar Betancourt Cisneros regresa á la isla; se establece de nuevo en el Camagüey, al que consagra el caudal de sus conocimientos, de su clarísimo talento, de su poderosa actividad. Es el mismo revolucionario de antaño, pero obligado á desplegar su energía bajo la mirada inquisidora de un gobierno suspicaz. El esfuerzo que entonces realiza es realmente extraordinario; los obstáculos son tantos y tan recios que sólo una voluntad de acero comola suya podría dominarlos y destruirlos sin desmayar ni embotarse; el resultado corresponde á la magnitud del empeño, y la influencia es tan honda, tan perdurable, como la huella que en ese mismo pueblo camagüeyano dejó la tea y la espada de la Revolución de Yara.

Basta hojear la voluminosa colección de la *Gaceta de Puerto Príncipe*, para formarse una idea, siquiera sea aproximada y deficiente, de la obra que *El Lugareño* inició y llevó á término en la comarca de su nacimiento. No hubo problema social, económico, intelectual ó moral; no hubo cuestión agrícola, industrial ó comercial, no hubo, en fin, necesidad pública, cuestión que de algún modo afectase los intereses de la comunidad camagüeyana, que él no plantease con lucidez y tino singulares, que no estudiase con ánimo sereno y resolviese en el sentido que su civismo y su inteligencia le aconsejaban de consuno. Fué un creador, un renova-

dor, lo que se llama un hombre práctico. El propagandista unía el ejemplo á la predicación. El escritor no es mas que un instrumento de las fecundas energías del hombre de acción. Su lenguaje es el del pensador que escribe para que sus ideas germinen y fructifiquen en el cerebro del pueblo. Posee la elocuencia de la naturalidad. La sencillez de su lenguaje corresponde á la claridad de su idea como á lo vasto de sus planes. Pero en medio de la campechana llaneza del estilo flota la risa franca del varon sano y fuerte, consciente de la verdad de su causa y de la fuerza de sus músculos de luchador.

La controversia socarrona, la polémica suspicaz, no le harán perder nunca los estribos: la oposición, la resistencia, en vez de encender su cólera harán que su risa degenerare en burla, en carcajada homérica, en sátira regocijada y demoleadora. Acribilla á sus contrarios con el chiste, los escarnece y decapita en la picota del ridículo. La subdivisión de la propiedad territorial, el sistema de las colonias rurales, los principios más en boga para mejorar las crías en el ganado caballar y vacuno, el mejoramiento de los cultivos, la implantación de las industrias á que daba naturalmente ancha márgen la organización secular del pueblo secular del Camagüey, la multiplicación de las escuelas, todo esto fué objeto de los desvelos y la tenacidad de *El Lugareño*. El problema social que ménos afectaba á la comarca camagüeyana, pero que revestía vital importancia para la suerte futura de la sociedad cubana, arrancó á su pluma estudios valiosísimos, todo un plan de renovación y reorganización de los elementos que componían la población de la isla. Acérrimo enemigo de la trata, conocedor de los peligros y gérmenes de descomposición de la esclavitud, abogó con tesón, con todas sus fuerzas, con una decisión en que ninguno de sus antecesores ó coetáneos puede igualársele, por el trabajo libre, por la colonización blanca por familias. El revolucionario de 1823 reanudaba así sus cívicas tareas bajo la espada omnipotente del procónsul. Miétras el Gobierno de la Metrópoli, violando el pacto solemne celebrado con el Gobierno de la Gran Bretaña, se obstinaba, por codicia y táctica gubernamental, en mantener una verdadera invasión de salvajes, Gaspar Betancourt Cisneros se esforzaba en blanquear la población, en preparar para lo futuro el equilibrio de las clases. En este punto su propaganda era la iniciación del país en una era nueva de su vida económica,

en una época en que la explotación desatentada había retrotraído la agricultura, el comercio y la industria á un estado análogo á aquel que dió empleo vasto y propicio al talento y á la actividad del esclarecido don Francisco de Arango y Parreño. Con ser tan meritorios estos cívicos afanes de *El Lugareño*, todavía pudo llevar á cabo, en medio la torpe oposición de menguados intereses y de la resistencia de la ignorancia empedernida en sus hábitos rutinarios, la creación de la línea férrea que une á Puerto Príncipe con la costa del Norte, empresa en que puso á contribución todas las energías de sus facultades, y que era el coronamiento de su labor reformador, de civilizador sin par.

Pero aquel obrero era un hombre peligroso para los intereses bastardos de la oligarquía que tenía por cabecilla armado de punta en blanco al Capitan General, que un dia, haciéndolo ir á su Palacio, le ordenó que «saliese inmediatamente del país sino quería que le arrancase la cabeza.» La expatriación llevaba en derecha á la conspiración, el desterrado se convierte fácilmente en revolucionario. Cuando *El Lugareño* salió de la isla, el estado de los ánimos era propicio para la propaganda y la acción en contra del poderío de la Metrópoli.

IV

Los conspiradores de la Habana, Puerto Príncipe y Santiago de Cuba acordaron constituir una delegación en los Estados Unidos, tanto más necesaria cuanto que la bandera del nuevo partido era la anexión de la isla á la gran república del Norte. La delegación se llamó *Consejo Cubano* y *El Lugareño* fué designado para presidirla. Entre otras causas, la denuncia de la conspiración del general Narciso López, que debía alzarse en armas en Trinidad á mediados de 1848, conspiración urdida independientemente de la que tenía por delegación al *Consejo Cubano*, dió en tierra con aquel primer intento de guerra para incorporar la isla á la confederación norte americana. Denunciado López y reducidos á prisión sus principales cómplices, buscó amparo en la fuga, iendo á refugiarse á los Estados Unidos. En 1849 organizose una expedición en Round Island, que fué disuelta por inopinada

proclama del Presidente Taylor. Este fracaso trajo la disolución del *Consejo*. Lo que siguió después, el asalto y toma de Cárdenas por el general López en 1850 y la invasión de Playitas en 1851, que acabó en la trágica muerte del osado caudillo venezolano, son sucesos en que apenas se hizo sentir la influencia de Betancourt Cisneros. En carta á *Beppo* (José Luis Alfonso, más tarde Marqués de Montelo), escrita en 1852, decía *El Lugareño*: «En la invasión de Cárdenas no tuve parte, el Jefe de ella y sus amigos se recataban de nosotros creyéndonos un estorbo á sus planes. En la invasión de Playitas la parte que me cupo fué muy secundaria. El General nos llamó: entregamos los fondos que teníamos para la expedición: reformamos la constitución provisional que llevó López á Cuba, discutimos con él varios puntos y quedamos por él encargados del desempeño de algunas comisiones. Las invasiones, pues, tuvieron su jefe como la revolución su representante en la persona de López.»

En el mismo año de 1851, el mismo día en que López desplegaba á los vientos, en una playa de Vuelta Abajo, la bandera de la estrella solitaria, Joaquín Agüero, con sus amigos Zayas y Benavides, era pasado por las armas en Puerto Príncipe, su ciudad natal. Joaquín de Agüero, que era un alma de paladín, se había lanzado al campo obedeciendo, según el testimonio de Juan Clemente Zenea, que se hizo eco de algunos actores prominentes en aquellos sucesos, á órdenes perentorias que le comunicara Betancourt Cisneros. (1) Ni López infundía plena confianza á *El Lugareño* ni este se avenía á que «un extranjero lanzase el primero en los campos de Cuba el grito de guerra.» El alzamiento de Agüero, como el de Armenteros en Trinidad, tuvieron al cabo influencia decisiva en el desastre de López.

El movimiento anexionista iniciado con tanta pujanza en 1848 fué combatido, herido de muerte por José Antonio Saco en un folleto famoso (2). Betancourt Cisneros replicó al célebre publicista bayamés en otro folleto titulado *Ideas sobre la incorporación de Cuba en los Estados Unidos, en contraposición á las que ha publicado D. José Antonio Saco*; impugnó al autor en una serie de

[1] Véase el folleto *Levantamiento en Puerto Príncipe*. —Joaquín de Agüero—1851.—Estudio histórico.—Escrito expresamente para *La Voz de América*.

[2] *Ideas sobre la Incorporación de Cuba en los Estados Unidos* por D. José Antonio Saco. Imprenta de Panckoucke, en París.

cartas íntimas, y en numerosos editoriales del periódico *La Verdad*, que se imprimía en New-York en aquella época, y que él redactaba en compañía del poeta Miguel Teurbe Tolón y otros cubanos adictos al ideal anexionista. La aparición del folleto de Saco causó pasmo, anonadamiento, profundas decepciones que se tradujeron en aceradas diatribas y acibarados epigramas. El mismo Betancourt Cisneros, tan sagaz y experto, refiriéndose al folleto de su ilustre amigo, le decía: «tus amigos esperaban que hubieses abogado por la anexión pacífica, frailescamente, á lo jesuita, pero suponiendo, como un gran utopista, que España y Cuba se entenderían y ganarían las dos á cual más en hacer un verdadero negocio de familia.» (1) No participó *El Lugareño*, antes se adelantó á protestar de semejante sospecha, de la duda, propalada entonces con insistencia, de que Saco, combatiendo la anexión, había obedecido, antes que al amor á los destinos de su patria, á mezquinos motivos de provecho personal.

En 1848 *El Lugareño* no aspiraba á la independencia de Cuba, ni mucho menos á su incorporación á Colombia ó á México, sí á su anexión á los Estados Unidos. El mismo vá á explicarnos la causa de esta mudanza y el por qué de su última preferencia. Los acontecimientos que se fueron desarrollando en las naciones neo-latinas, apénas cortaron el vínculo que las unía á la Patria Madre, llevó al ánimo de Betancourt Cisneros la convicción de que igual suerte hubiera cabido á Cuba si hubiese logrado sacudir el yugo de la Metrópoli, y esta convicción le hace exclamar, dirigiéndose á Saco (carta inédita, desde New York, en 20 de Febrero de 1849): «mal que pese á nuestro amor propio, somos [los cubanos] del barro que los que han logrado hacerse independientes, pero nó pueblos libres y felices.» Y dirigiéndose al mismo Saco (carta del 19 de Octubre 1848) añadía, corroborando su vieja creencia: «La anexión, Saco mio, nó es un sentimiento, es un cálculo; es más, es la ley imperiosa de la necesidad, es el deber sagrado de la propia conservación.» Y para mejor fijar su pensamiento, decía en la misma carta citada: «la esclavitud tendrá su término, pero lo tendrá como debe tenerlo; se amputará un miembro gangrenado, pero lo amputará un experto ci-

[1] Carta [inédita] de *El Lugareño* á José A. Saco, desde New-York, en Junio de 1849.

rujano y nó el hacha de un carnicero.» «Hay dos partidos de creyentes: unos que ven en la anexión el medio de *conservar sus esclavos*, que por más que lo oculten ó disimulen es la *mira principal*, por no decir la *única* que los decide á la anexión; otros que creen hallar en la anexión el plazo, el respiro que evitando la emancipación repentina de los esclavos, dé tiempo á tomar medidas salvadoras, como duplicar en diez ó veinte años la población blanca, introducir máquinas, instrumentos, capitales, inteligencias que reemplazen ó mejoren los medios actuales de trabajo y de riqueza.» No es á secas el horror á la invasión africana ni el temor á las consecuencias de la abolición inmediata, fantasma que nubló más de una preclara inteligencia y que amilanó, muchos corazones magnánimos, los que lanzaron á *El Lugareño* á abogar tan fervorosamente por la anexión: impeliolo á ello muy principalmente la necesidad, á sus ojos imperiosa, de mejorar por el cruzamiento la familia cubana. «Yo aseguro—escribía á Saco en 3 de Abril de 1849—que un *atravesadito mio* con una Yankee ó Alemanota había de salir mas Cubano, y más bonito, blanquito, santo y brioso y guapito que el Sr. Saco y su compinche Narizotas (1) con toda la pureza de su raza goda, árabe ó gitana, que de todo hay en las Viñas de Iberia.» Y en carta de 5 de Junio de 1849 añadía: «Don Quijote no ha muerto: está vivo, es el espíritu que anima á todo el que habla la lengua de Cervantes. Esos hombres solo pueden ser libres y dejar que los demás lo sean en sus opiniones y conciencia, cuando se *injerten* en otros troncos y dejen de ser á lo ménos en nueve décimos españoles. Si esto no fuera una verdad de mayor dimensión que la Península Ibérica, no habría Bayameses en el mundo que sintieran perder los 9/10 de español y engendrarle un hijo á una Alemanota, Inglesa, Holandesa, Polaca, Rusa, Furia, Harpía ó Condenación, y que seguramente no saldría *jipato*, raquíptico y *babujal*, y sabe Dios si vos y yo no los tenemos con $\frac{3}{4}$ partes de Mandinga, Carabalí ó Congo Loango, que».....

Todo, sin embargo, fracasó. El último esfuerzo del anexionismo tuvo por mártir á Ramón Pintó. Pero antes de que se dispersaran los emigrados, cuando todavía, en comunión de dolor, se asociaban para conmemorar el sacrificio del infortunado Nar-

[1] Gaspar Betancourt Cisneros llamaba á Saco *Saquele*, y éste, á su vez, le llamaba *Narizotas*.

ciso López, *El Lugareño*, persuadido de que el principal obstáculo para que la anexión fuese una realidad era precisamente la resistencia tradicional del Gobierno de Washington, desalentado y colérico, abjurando del ayer en que consumiera tantas horas y tantos afanes, exclamaba en una asamblea, celebrada en Nueva Orleans en 1854, invocando la imagen de López: «La independencia nacional de Cuba es el primer artículo de nuestro programa revolucionario. Por aquí vendrán ustedes en conocimiento de cuan lejos estaba de la mente de Narciso López y de los caudillos de la revolución la idea de anexar á Cuba á los Estados Unidos por medios indignos, humillantes y derogatorios de la dignidad del pueblo cubano.» «España, señores, es una madre injusta, y los azotes y los ultrajes y las vejaciones de una madre jamás infamaron á sus inocentes hijos. El Gobierno español en Cuba es el ladrón que roba y despoja á Cuba de todo cuanto tiene; pero el Gobierno de los Estados Unidos es el raptor que la viola y deshonorra. Yo, á nombre de Narciso López, á nombre del pueblo cubano, en el seno de esta asamblea y en la presencia de Dios, quiero dejar consignada nuestra solemne protesta contra el raptor y violador de Cuba.» (1)

IV

El que empezó peregrinando en pos de un Redentor, del Emancipador de pueblos, para que realizase la independencia absoluta de la isla de Cuba, acabó, aleccionado por amarga y durísima experiencia, por esperar, anhelante, que las nuevas generaciones, con más elementos, llevaran á término la guerra por la independencia de la isla, para elevarla á la gerarquía de nación libre y soberana. En las postrimerías de su vida sintió las palpitaciones de su pueblo, vió, en no remota lontananza, la guerra encendida desde los campos de las Cinco Villas hasta los confines del departamento oriental, y el único temor que abrigara su corazón era que no surgiese el predestinado, el guerrero forjado con el metal con que Natura forjó el génio político de Simón Bolívar

(1) Carta de Cirilo Villaverde vindicando á Narciso López, en la pág. 106, tomo XIII, de la REVISTA CUBANA.

y el ingenio estratégico y táctico de José de San Martín. Pero si Betancourt Cisneros, según los momentos históricos que advinieron desde 1854, esperó en el amparo de Colombia, en la protección de México, en la fusión y regeneración del pueblo cubano por la gente anglo sajona, nunca dejó de ser separatista convencido, inquebrantable, firmísimo. Nunca, jamás creyó en una España providente y regeneradora; nunca jamás esperó de España más que rigores, explotación, esterminio y envilecimiento. Su incredulidad, su escepticismo fué tan constante y consecuente como ejemplar: allí no penetró jamás el más ténue rayo de fé ó de esperanza. El leía en las columnas de Hércules el lema fatídico: *Nihil et umbra*.—En 1849 (Carta á Saco, desde New-York, á 3 de Abril) escribía: «Domingo (1), y tu y todos los que teneis esperanzas en que España le dará á Cuba libertad, igualdad, representación nacional y todas esas cosas que esperais de los *derechos de raza y paternidad*, sois para mí judíos, á quienes yo pusiera á clavar ó sembrar *janes* de jobos prometiéndoles que les producirían naranjas. Consolaos, pues, majando agua y mirando al Cielo, que el maná cayó una vez pero en el día sólo caen granizos y pedruscos.» Y en carta al mismo Saco (7 de Agosto de 1849), refiriéndose á D. Tomás Pío Betancourt, escribía: «Tomás Pío es Saquista, como dicen unos, y retranquero, como digo yo, que con esa divisa he bautizado un partido político cuyos Jefes sois vosotros, los hombres prudentes, los anexionistas pacíficos, los que esperais que España nos prepare, nos enseñe, nos adiestre y perfeccione en el arte de gobernar y de ser libres, para que en el último tercio de la eternidad ó en las vísperas del juicio final, podamos ser nación independiente ó anexionarnos á quien nos acomode.» Pocos días después (carta de 14 de Agosto), dejando el tono festivo y zumbón, alza la nota y de su corazón de hombre, de amigo, de cubano, sale á borbotones este grito supremo: «Cuba te responde desde el Averno en que está hundida: «Pedisteis libertad y mis cadenas se han remachado con mayor ignominia y crueldad. Pedisteis justicia y se me ha reducido á la ley del más fuerte y á la voluntad del más bruto. Pedisteis alivio de contribuciones y se me han agravado á discreción de la avaricia y de la rapiña. Perdisteis población blanca y se me entrega á las

[1] Alude al Sr. Domingo del Monte.

caricias del salvaje africano»..... «Quiero haceros maldecir el día en que empezásteis á hacerle conocer al cubano que era hombre, que tenía una alma y una inteligencia, que sobre el hombre y su alma pesaban cuantos vicios, degradación y miseria envilecen su naturaleza y le reducen á peor condición que el salvaje, á la del bruto. ¿Por qué habeis contribuido á ennoblecer al Cubano y elevar su inteligencia á la altura del hombre libre? ¡Habeis hecho una obra de Lucifer!.....» «¡Ah, Saco! No agreguen, por Dios, á la humillación y la vergüenza de sus compatriotas el ridículo de sus hombres virtuosos y sabios, de los que están llamados á dirigir los destinos de su patria, á darle aliento, valor, espíritu, dignidad y estimación ante los ojos del mundo civilizado!» «Esta es la cuestión de la adúltera: ó te separas de ella ó te infamas con ella. Para nosotros no hay término medio honroso. Nosotros no podemos engañarnos ni engañarlos y es bajeza de alma y de corazón hacernos los engañados!»

En el movimiento y agitación que precedieron á las elecciones para la Junta de Información, en aquella que fué era de renacimiento y de utopía no menos intensa que la de 1811 y 1822, *El Lugareño* renunció á representar en la Junta á su pueblo natal: él no cabía en el cenáculo de los que, con más ó menos sinceridad, confiaban en el advenimiento de las reformas. Hizo más todavía, se negó á dar su voto al candidato designado por sus conterráneos y amigos, y en minúscula epístola, que corre impresa en la colección de esta REVISTA, declaró que prefería dar su sufragio al primer cao ó á la primera cotorra que, encaramada en los palmares de Najasa, alabase á Dios á la salida del sol.

Gaspar Betancourt Cisneros falleció en la Habana el 7 de Diciembre de 1866, á la edad de 63 años. Sus restos, con gran solemnidad, fueron conducidos á Puerto Príncipe, donde la austera apoteosis que se le tributara, grandiosa y sentida, acaso no haya tenido más rival, como profunda y sincera expresión de dolor, que la de aquella noche lacrimosa, lóbrega y muda en que la llama de una hoguera redujo á cenizas el cadáver ensangrentado de Ignacio Agramonte. Los que ya urdian la nueva conspiración, los que iban á traducir en acción prolongada y sangrienta las enseñanzas que con la pluma y el ejemplo sembrara aquel precursor ilustre, pusieron en su féretro, á manera de mortaja, la enseña que ya había ungido la sangre cama-

güeyana, y que poco tiempo después habría de ser desplegada para flamear durante diez años, entre el viento y el estruendo de la tempestad.

MANUEL DE LA CRUZ



LA RELIQUIA.

(CONTINUA)

La puerta rechinó y ví entrar á tití con su antiguo chal de Tonkin sobre los hombros. Y caso extraño, me pareció que era la misma Doña Patrocinio de las Nieves de otros tiempos, áspera, verdosa, odiando el amor como cosa súcia y echando de sí para siempre á los hombres que habían andado entre sayas! En efecto, sus ojos, otra vez secos, relucían, se clavaban con recelo en mis sacos de viage. Santo cielo! Era la Doña Patrocinia de ántes. Allí estaban sus lívidas y huesosas manos, cruzadas sobre el chal, arreglándole las franjas, lustradas de tanto escudriñar en mi ropa blanca; allí se hundía, al extremo de sus lábios sumidos, un surco rígido de acritud! Temblé: pero enseguida me visitó una inspiración del Señor. Delante de la maleta abrí los brazos con candidez:

—Pues es verdad! Aquí tiene tití la maleta que ha rodado tanto por Jerusalem. Aquí está, bien abierta, para que todo el mundo vea lo que es la maleta de un hombre religioso! Es lo que decía mi amigo el aleman, que todo lo sabía: «Raposo, cuando se peca en un viage, y se incurre en relajaciones, y se anda tras las sayas, siempre aparecen las pruebas en la maleta. Por más que se escondan ó se dejen fuera, siempre dejan algo que huele á pecado.» Así me lo dijo muchas veces, una de ellas delante del Patriarca de Jerusalem.....El Patriarca le dió su aprobación..... Por eso yo, sin recelo, abro aquí mi maleta de par en par... Pue-

den escudriñarla y olearla... A lo que huele es á religión!... Huela, tití, huela..... Aquí están los calzoncillos y los calcetines..... No puede prescindirse de ellos porque es un pecado andar desnudo... Pero el resto todo es santo..... Mi rosario, mi libro de misa; mis escapularios, todo de lo mejor, del Santo Sepulcro... ..

—Pero allí tienes unos envoltorios, murmuró la asquerosa señora, extendiendo su dedo largo y descarnado.

Los abrí con presteza. Eran dos frascos lacrados conteniendo agua del Jordán! Y muy serio, muy digno, permanecí delante de doña Patrocinio con un frasco del líquido divino en la palma de cada mano. Entonces ella, con los ojos arrasados de nuevo, be-ó penitentemente los dos frascos: un poco de la baba del beso corrió por mis uñas. Después, ya en la puerta, suspirando y rendida:

—Mira, hijo, estoy temblando..... Es el gusto que todo esto me produce!

Salió. Yo seguí rumiando mi plan. Todavía había una circunstancia para perder irremisiblemente el testamento de tití. Sería aparecer delante de ella, material y tangible, una evidencia de mis relajaciones. Pero como surgiría esa prueba en este lógico Universo? Todas las pasadas fragilidades de mi carne eran como humaredas desvanecidas de una hoguera apagada que ningún esfuerzo podría nuevamente condensar. Y mi último pecado, saboreado tan lejos, en el viejo Egipto, como llegaría jamás á noticia de tití? Ninguna combinación humana lograría traer al campo de Santa Ana los dos únicos testigos: una guantera ahora ocupada en ajustar su sombrero junto á los granitos de Rameses, en Tebas, y un doctor perdido en una calle escolástica, á la sombra de una vetusta Universidad de Alemania, escarbando en el estiércol histórico de los Herodes..... Y á no ser aquella flor de lupanar y aquella columna de la ciencia, no había nadie que conociera mis culpables delirios en la amorosa ciudad de los Lagidas.

Además, el terrible documento de mi junción con la sórdida Mary, la camisa perfumada con violetas, cubría ahora en Sion la lánguida cintura de una Circasiana á los senos color de bronce de una nubia de Koskoro: la comprometedora dedicatoria á *mi valiente portuguesito* había sido desprendida y, seguramente, quemada en el bracerero; ya las cintas se irían gastando en el constan-

te servicio del amor; y rota, súa, molida, bien pronto sería arrojada al basurero secular de Jerusalem! Sí, ya nada podía interponerse entre mi justa codicia y la bolsa verde de tití. Nada, á no ser la misma carne de la vieja y su esqueleto crugiente, animado por una llama vital y vacilante, que si quisiese no extinguirse!.....Oh! hado horrible! Si tití, pertináz, viviese todavía cuando rompiesen sus broches las flores de la próxima primavera! No pude contenerme ante esta idea! Enderezé el alma á las alturas, y grité desesperadamente, con toda el ánsia de mi deseo:

—Oh Santa Vírgen María, haz que ella reviente cuanto ántes!

En ese momento sonó la campanilla del patio. No sin alegría reconocí, despues de tan larga separación, los dos toques cortos y tímidos de nuestro modesto Justino; y no ménos grato me fué oír poco despues el repique magestuoso del doctor Margaride. Inmediatamente tití vino á la puerta de mi cuarto, diciéndome con voz fatigosa:

—Theodorico, hijo, oye! He estado pensando que para destapar la caja de la Religia sería lo mejor esperar á que se hayan ido Justino y Margaride! Ay! yo soy muy amiga de ellos, que son personas muy virtuosas. Pero hallo que para una ceremonia de estas lo mejor es que sólo la persencien personas de la Iglesia.

Ella, por su devoción, considerábase persona de iglesia; yo, por mi jornada, era casi un personage del cielo.

—No, tití El Patriarca de Jerusalén me recomendó que fuese delante de todas las personas amigas de la casa, en la capilla, con velas.... Es más eficaz. Y oiga, diga á Vicenta que venga á buscar mis botas para que las limpie.

—Deja..... yo se las doy..... ¿Son éstas? Están sucias..... Deja, deja, yo se las llevaré.

Y la señora doña Patrocinio de las Nieves cogió las botas! Y la señora doña Patrocinio de las Nieves se llevó las botas!

Ah! cuánta mudanza! Y frente al espejo, clavándome en la seda de la corbata una cruz de coral de Malta, pensaba yo que desde ese dia iba á reinar allí, en Santa Ana, desde la cima de mi santidad, y que para apresurar la obra lenta de la muerte, talvez convendría sacudir el polvo á aquella vieja.

Muy agradable fué mi impresión, cuando penetré en la sala,

hallar á los amigos más estimados, de pié, en traje de ceremonia, alargando para mí los brazos con afecto. Tití estaba en el sofá, tiesa, desvanecida, con sedas y joyas. A su lado un sacerdote muy delgado encorvaba el espinazo con los dedos clavados en el pecho, mostrando en un rostro seco dientes afilados de animal hambriento. Era el padre Negron. Le extendí dos dedos con desabrimiento:

—Estimo verle por aquí.

—Es grandísima honra para este servidor de V., silbó él, llevándose mis dedos á su corazón.

Y, encorvando aún más el espinazo, corrió á alzar la pantalla del candelero para que la luz me bañase y se pudiese leer en la madurez de mi semblante la eficacia de mi peregrinación.

El primero en decidir, con doliente sonrisa, fué el Padre Piñeiro.

—Viene más delgado!

Justino vaciló, se hizo crugir las coyunturas de los dedos:

—Lo hallo más quemado!

Y Margaride cariñosamente:

—Yo mas hombre!

El hondeante padre Negron se volvió arqueado hácia tití como para un Sacramento entre cirios:

—Y con un aire que inspira tal respeto! Enteramente digno de ser el sobrino de la virtuosísima Doña Patrocinió!.....

En torno, miéntras tanto se atropellaban las preguntas de curiosidades defectuosas: Y «¿qué tal de salud?» «¿Qué le ha parecido Jerusalem?» «¿Qué tal las comidas?».....

Pero tití se dió con el abanico en la rodilla, recelando que tan familiar alborozo importunase á San Theodorico. El Negron intervino, con celo melífluo:

—Método, señores, método! Así no pueden gozar todos á una. Mejor será que dejemos hablar á nuestro interesante Theodorico!.....

Detesté aquel *nuestro*, odié á aquel padre. ¿Por qué corría tanta miel en su hablar?

(Finalizará).

EÇA DE QUEIROZ.

CRONICA POLITICA

En la *Crónica* anterior se consignaba la especie de que la política cubana dependía, en primer término, de la solución que tuviera la crisis ministerial que desde hace meses estaba virtualmente planteada, crisis que, á pesar de sus esfuerzos, el Presidente del Consejo no tenía más remedio que abordar de frente, tan pronto como se dieran por terminadas las negociaciones con Marruecos. Por motivos que no precisa discutir ni examinar de nuevo, es lo cierto que los directores de la política local habían llegado á supereditar sus actitudes á la suerte que corriera el proyecto del señor Maura; y este Ministro, á su vez, se había colocado desde el primer día en tal situación; tanto se había descubierto, tanto había estremado el carácter personal de su obra, que su permanencia ó su salida del gobierno tenían que ser señal evidente de que se mantenía aquel proyecto en toda su integridad ó se renunciaba á llevarlo á la práctica. Para los partidos aquí organizados, por eso mismo, lo único que interesaba era saber si el político balear conservaba ó nó su puesto en el Gabinete que el Sr. Sagasta había de reconstituir, por encargo de la Reina Regente.

El cable trajo bien pronto la noticia de que se prescindía de los servicios del Sr. Maura. La crisis venía durando desde hacía tanto tiempo, que no todos fueron los que aquí se sorprendieron. Ya en una de estas *Crónicas* se consignó que en la Habana se habían recibido, meses atrás, cartas muy explícitas de Madrid, en que los amigos de la Derecha los alentaban á emprender una vigorosa campaña, para afirmar su existencia y robustez, asegu-

rándola que el Sr. Maura estaba condenado en el ánimo del Jefe del gobierno y de los principales prohombres de su partido. Corroborando la exactitud de esa nueva, que encontró eco en esta sección de la REVISTA CUBANA, también se supo que personas investidas de altos cargos habían sido notificadas por sus amigos de la Corte, bien colocados para saber la verdad, de que era cosa resuelta la salida del Sr. Ministro de Ultramar, quien no encontraba en sus compañeros toda la decisión necesaria para hacer triunfar en el Parlamento sus planes. Como si esto no fuera ya bastante, la lectura de los periódicos madrileños no dejaba lugar á dudas de ningún género: todos, desde hacía varias semanas, limitaban el alcance de la crisis; pero todos anunciaban que abandonarían sus carteras respectivas el Sr. Puigerver, por su oposición á los planes del Sr. Gamazo, y el Sr. Maura, por el efecto poco satisfactorio que á importantes elementos de la mayoría causaba su proyecto para la reforma del Gobierno y la Administración de las Islas de Cuba y Puerto Rico.—Con todos estos datos y antecedentes, puede afirmarse que si á los reformistas y á la plana mayor del autonomismo les ha causado disgusto, y hasta dolor, la caída del Ministerio que tenía su benevolencia y apoyo, no les ha sorprendido sobre manera el suceso, porque ya venían los ánimos preparándose para tal solución.

Por otra parte ¿cabía cuerdamente esperar ninguna otra? Es de toda evidencia que después de los rudos debates sostenidos en las Cortes por el Sr. Maura, haciendo frente con entereza extraordinaria á una oposición violentísima, y contestando con una elocuencia admirable á todos y cada uno de sus impugnadores;—es claro como el día, que después de la votación del Congreso cuando el nombramiento de la Comisión de reformas, en que el Gobierno movilizó todas sus fuerzas para hacer triunfar la candidatura ministerial;—es innegable, después de todos estos actos, que cualquier político serio y formal debía considerar que en tanto que el Sr. Sagasta presidiera el Gabinete, su partido tenía que considerar suya la obra del Sr. Maura y que luchar por sostenerla, porque los hechos referidos demostraban que la mayoría ministerial y el Ministerio, con ella se habían solidarizado, á tal extremo, que decorosamente no podían en lo adelante desentenderse del compromiso explícitamente contraído.—Pero esto que es claro, que es diáfano ante los principios de la moral política y de la lógica.

vulgar, no era, en manera alguna, concluyente á la luz de las prácticas que se observan en la política metropolitana, ni de los antecedentes del hombre singular que dirige al partido fusionista.

Es preciso ser cándido en extremo para pensar que el Sr. Sagasta se considera alguna vez ligado á la suerte de ninguno de sus compañeros de Gabinete, ni que entienda que contrae compromisos irrevocables con grupos de personas ó con asociaciones de ideas y de principios. Todo su empeño se cifra en mantener primero su Jefatura del partido liberal; y después, en mantener ese partido, siempre que él lo dirija, el mayor tiempo posible en el poder. Con este criterio se comprende que las teorías que más le halagan son aquellas cuya elasticidad se acomode á todo género de transacciones con las circunstancias, y que los hombres con quienes más á gusto gobierna, son aquellos que ménos conflictos le crean con las personas ó los intereses varios que dentro de su propio partido aparecen en opuestas y encontradas situaciones. No tolera el Sr. Sagasta que sobrevengan disgustos por el amor que á sus planes pueda profesar ningún Ministro, por la consecuencia que alguno procure guardar á sus opiniones ó el respeto que quiera profesar á sus antecedentes. Hasta su leal y valioso amigo D. Venancio González ha sido sacrificado al imperioso deseo de quietud que el Sr. Sagasta suele experimentar cuando está en el poder, con el fin sin duda de reservar sus bríos para la oposición. De todos los hombres de entereza se ha ido desprendiendo, aunque gastándolos previamente. Separóse del Duque de la Torre, porque era demasiado leal á sus compromisos con la democracia monárquica; separóse del General Casola, porque tenía un pensamiento fijo, y esto suele proporcionar al que gobierna ciertas dificultades. Era de prever que se separaría del Sr. Gamazo y del Sr. Maura, que no pocas contrariedades le habían suscitado, el uno con sus proyectos económicos, el otro con su plan de reformas coloniales.— Porque el tipo predilecto de Ministro para el Jefe del Partido fusionista, está encarnado en políticos como el Sr. Moret, que tiene fórmula para transijir con todo, ó en amigos personales como el Sr. Capdepont, que siempre pospone el propio pensamiento á las indicaciones, á las conveniencias, cuando nó á los mandatos del Pontífice Liberal.

Por eso no ha extrañado á ningún previsor, que los Ministros-cuñados hayan quedado fuera de la nueva combinación mi-

nisterial.—¿Qué importancia tiene ese suceso para la política cubana?... Este es un tema demasiado amplio para expuesto y esclarecido en trabajo de esta índole; pero cabe desde luego afirmar que se ha de alterar sensiblemente la posición que ocupan actualmente los partidos locales. Es probable que el nuevo Gabinete dure poco; pero dure lo que dure, y sucédale el que le suceda, se necesitaría ser demasiado optimista para pensar que el reformismo es el grupo destinado á continuar gozando de la protección del Poder. El proyecto del Sr. Maura ha muerto virtualmente con la dimisión de su autor: podrán hacerse en el régimen administrativo y en el sistema de gobierno de las Antillas reformas de otro género, mejores ó peores que las propuestas por el Sr. Maura; pero las que llevan su nombre, esas no serán nunca ley. Pensar lo contrario sería forjarse ilusiones falaces. Y la razón es obvia. Si se han de hacer las reformas del Sr. Maura ¿por qué habría de salir del Gabinete? ¿Acaso no ha hecho buena figura, como suele decirse, en el banco azul? ¿No se ha revelado en él, á más de orador elocuente, polemista esforzado y carácter entero?..... Aparte de esto, el Sr. Sagasta que tantos esfuerzos hizo por conservar en el nuevo ministerio representantes del grupo gamacista—¿podía haber encontrado ninguno más autorizado que el señor Maura?..... Si de él se prescindió, si desde tiempo atrás se venía notando que era el Ministro más indicado para salir, fué sencillamente porque el Presidente del Consejo estaba resuelto á no llevar á cabo esas reformas, y resuelto á encargar de la cartera de Ultramar á un político que no tuviera el compromiso de implantarlas.

Nada extraordinario debe parecer este desenlace á los conocedores de los resortes de la política española, sobre todo de la política colonial española. Puede suceder, con el andar de los tiempos, que algún gobierno metropolitano, sobre todo un gobierno revolucionario, implante en las Antillas un régimen autonómico, con el propósito no sólo de realizar en lo posible la justicia y de entronizar la libertad en estas tierras, sino también llevado de la idea de satisfacer al elemento genuinamente insular, de ideas avanzadas. Eso puede suceder; ó bien repetirse lo que se ha venido haciendo desde el Zanjón, esto es, que sólo se traigan las reformas y libertades que los elementos conservadores, en su mayoría peninsulares, acepten, manteniéndose de ese modo la influencia de la Unión constitucional. Más lo que no parece encajar

dentro de la tradición, dentro del molde de la política tradicional, es que se invente aquí un régimen híbrido, que sólo tenga algunas docenas de partidarios resueltos, necesitados, para tener apariencias, del apoyo oficial, de la protección decidida de todas las fuerzas gubernamentales.

Y esto era lo que ocurría con las reformas del Sr. Maura. No respondían á los deseos de ninguno de los dos partidos insulares. Así es que fué necesario crear un grupo nuevo que las apoyase; y esto, que se quiso hacer de prisa, se hubo de intentar con no escasa violencia y no poca arbitrariedad, resultando de todo ello una creación artificial, que sólo podía arraigar durando mucho tiempo el poder del Sr. Maura, quien, á su vez, no podía durar si no parecía fuertemente apoyado por un gran partido insular. Si en la pasada legislatura el Ministro de Ultramar hubiera podido arrancar á las Cortes la aprobación de sus proyectos, ese éxito hubiera acabado con la Unión Constitucional: desde el instante en que no pasó así, era fácil prever que la Unión Constitucional era la que acabaría con el Sr. Maura.

¿Debe sentirse, bajo el punto de vista liberal, bajo el punto de vista cubano, el fracaso de los proyectos de ese Ministro?—Dejando á un lado todo sentimentalismo, para no poner la vista más que en la realidad y en las conveniencias de las ideas de libertad, puede afirmarse que nó. Mirando las cosas, aún bajo el punto de vista relativamente pequeño de los intereses del liberalismo cubano, puede decirse que no debe este lamentar nada, pues las reformas Maura nunca debieron tener para él más ventaja positiva que la de dividir á sus adversarios, y esto ya está conseguido. Si se hubieran traído las reformas con el concurso del liberalismo, que en ellas no ponía otro interés inmediato que el de debilitar á los conservadores, hubiera tenido que defenderlas apesar de su deficiencia, pues habría sido inmoral combatir el régimen que se hubiera contribuido á implantar. Hoy la situación está más despejada. Puede el autonomismo, sin connivencias sospechosas, levantar su bandera propia, desatar paulatinamente los lazos que le unían á los partidarios de aquellas reformas insuficientes, muertas al nacer; y afirmando cada día su personalidad de un modo más claro, luchar por su programa y nó por el ajeno. Nada de esto era compatible con el triunfo del proyecto Maura. Con él, la lógica llevaba la influencia insular—y casi la represen-

tación local,—por un tiempo dado, al partido reformista, sin que el autonomista tuviese fuerza moral para impedirlo. Proclamado por sus Jefes que las reformas eran buenas, convenientes para Cuba, y que debían apoyarse, los liberales cubanos, necesariamente, habrían de acabar por encontrar mejor apoyarlas como ministeriales,—es decir—con el disfrute de los goces del poder,—que como autonomistas, esto es, como gente afiliada á la oposición. Los distingos sutiles que la dialéctica de los Jefes ha solido establecer, no hubieran bastado para convencer á las masas, que no siempre se dán cuenta de los matices, sobre todo cuando sólo hay entre ellos ténues diferencias.

Por eso, porque la realidad se impone, es quizás por lo que, con el temor primero, con la evidencia después, del fracaso del Sr. Maura ha coincidido la actividad desplegada ahora por el Partido Autonomista, que procede á su reorganización con una constancia que hace mucho tiempo no se notaba entre sus adeptos. En todos los pueblos se inauguran Comités ó se reforman los existentes. La Junta Central envía sus delegados á esos actos, que se realizan con bastante entusiasmo. Oradores noveles hacen sus *début* en esas fiestas, al lado de los veteranos, y como sucede en esos casos, cada uno explica á su manera el credo del partido, atemperándolo á sus condiciones de carácter y á sus antecedentes. No importa mucho alguno que otro concepto equivocado, alguna que otra discrepancia: lo esencial es que el acto se realice con calor,—lo que va resultando—pues ya los jefes se encargarán de mantener la ortodoxia de los principios del partido.

Si los autonomistas están en el caso de tomar con gran filosofía el fracaso de las reformas del Sr. Maura, ¿qué decir del contento de los conservadores?—Estos, si tienen conciencia de la situación y comprenden los deberes de una agrupación seria, no pueden menos de considerar que pesa sobre ellos una gran responsabilidad. El país fácilmente se aviene á que no sea Ley el proyecto del Ministro caído; pero la condenación del régimen existente, lanzada por aquel desde la poltrona gubernamental, queda en pie, y no hay aquí nadie resignado á continuar viviendo bajo el sistema que impera. Si los conservadores, que son los victoriosos con la sustitución del Sr. Maura, no dan pasos de avances en el camino de la libertad, la hora de las grandes conmociones no podrá demorarse mucho para Cuba, porque aún los

más pacientes, perdida toda ilusión de reformas, irán á engrosar las filas de ese gran número de desengañados, que nada esperan de la política legal, que niegan toda eficacia á la lucha pacífica, y entienden que la salvación del país,—cuyos intereses materiales corren á la ruina, después de la atrofia de su vida moral,—sólo está en la práctica de procedimientos más radicales y de actitudes más viriles.

JUAN GUALBERTO GOMEZ.

Marzo 31 de 1894.



LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

EMILIO BOBADILLA.—*Solfes*.—Madrid, 1894.

MANUEL S. PICHARDO.—*La Ciudad Blanca*. Habana, 1894.

ALFREDO CARRICABURU.—*Gramática de la Lengua Castellana, explicada con arreglo á un nuevo plan*. Habana, 1893.

ALFREDO CARRICABURU.—*Los verbos castellanos*. Habana, 1892

FERNANDO FIGUEREDO.—*La toma de Bayamo*. San Antonio de los Baños, 1894.

JESUS DIAZ DE LEON.—*Apuntes para una tesis sobre la inmortalidad del alma*. Aguascalientes, 1894.

Boletín del Instituto Geográfico Argentino. Buenos Aires, 1893.